BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL SECRETO DEL DR. TYNE

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





EL SECRETO DEL DR. TYNE

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

483 – El hombre biónico, *Curtis Garland*.

484 – Conflicto en Magna, *A. Thorkent*.

485 – Los desesperados de Xantrono, *Kelltom McIntire*.

486 – Más allá del infinito, *Clark Carrados*.

487 – Amor y muerte en la tercera fase, *Adam Surray*.

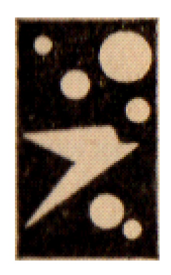
GLENN PARRISH

EL SECRETO DEL DR. TYNE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 488

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 33.725 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

© Glenn Parrish - 1979

texto

© Enrique Martín - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Philibert S. Tyne terminó de garrapatear unas cifras con el lápiz, sobre la cuartilla en la que ya había numerosos signos y guarismos, y contempló el resultado durante unos instantes.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura menos que mediana, delgado, de ojos miopes, situados tras unas gafas con cristales de medio centímetro de grueso, y abundante y revuelta cabellera, en la que ya empezaban a verse numerosas canas. El doctor Tyne permaneció cosa de un minuto, con la vista fija en el resultado de su tarea y, de repente, se sintió acometido por un brutal acceso de cólera.

Levantándose de la mesa, corrió hacia la computadora que había en un rincón de la estancia en que se encontraba y empezó a darle patadas, a la vez que la apostrofaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Maldita! ¡Eres una aprendiz de computadora! ¡Mereces mil veces el fuego eterno! Te has equivocado como si fueses un chiquillo de pocos años con su primera suma...

Un puntapié más fuerte que los demás, le hizo saltar ridículamente a la pata coja, agarrándose el pie derecho con las manos, y todo ello sin dejar de insultar a la máquina. Luego, de pronto, se volvió hacia la computadora y la escupió furiosamente.

—Eres un trasto repugnante y voy a ordenar que te envíen a la chatarra —exclamó.

.La puerta se abrió de pronto y una cabeza asomó por el hueco.

—¿Con quién estás hablando, río Phil?

—Con esta asquerosa máquina, que me ha engañado miserablemente…

—Bueno, bueno, no hay para tomárselo así, tío. Las mujeres, ya se sabe, son inconstantes y volubles… Ya lo dice la copla: *La donna é móbile…*

— ¡No es una mujer, es la computadora! —vociferó Tyne, completamente fuera de sí.

Sholto Farrar terminó de entrar en la estancia y contempló la máquina situada en un rincón.

—¿Y eso te preocupa? —dijo—. .La verdad, tío; con la mente que tú tienes para las matemáticas, nunca pude comprender por qué tenías que gastarte el dinero en un ordenador. ¡Si tú eres infinitamente más rápido y más seguro que cualquier computadora!

—Sí, lo sé, pero necesitaba dedicarme a otra cosa, mientras la maldita máquina hacía los cálculos. Confié en ella y ahora, un poco más despejado de trabajo, se me ocurrió comprobar los resultados.

—Y están equivocados —sonrió Farrar.

—Por completo. Pero eso no es lo peor de todo, sobrino.

—Ya sé, tío: la máquina te ha dicho que estás en deuda con el gobierno, por la cuestión de impuestos.

Tyne emitió un gruñido de cólera.

—Sholto, esto no se puede tomar a broma; es mucho más serio de lo que parece. Fíjate si lo es, que voy a destruir inmediatamente todo lo que he escrito sobre el particular.

El doctor Tyne empezó a reunir papeles, hasta formar un montón, con el que se dispuso salir al jardín.

—¿No me ayudas, Sholto?

—Oh, sí, dispénsame, tío — exclamó el visitante—. Pero, ¿por qué destruir algo que, si está equivocado, no tiene importancia?

—La importancia está en el error, Sholto.

Farrar se encogió de hombros.

—Si tú lo dices... —Se apoderó de los papeles y caminó hacia la puerta—. Por cierto, tío, ¿no puedes prestarme... digamos mil escudos?

—Pero, ¿es que siempre que vienes a verme, has de pedirme dinero? ¿Es que no vas a sentar la cabeza jamás?

—Verás, tío; es que últimamente he tenido muchos gastos y pocos ingresos. Me deben un par de minutas, muy elevadas, y los clientes son morosos, a los que no puedo exigir que paguen...

—Si te hubieras dedicado a otra profesión, ganarías más dinero y tendrías menos disgustos —refunfuñó Tyne. Ya estaban en el jardín de la casa y señaló la taza de un estanque, seco en aquellos momentos—. Ahí, pégales fuego de inmediato.

Farrar obedeció. Cuando todos los papeles hubieron quedado convertidos en cenizas, Tyne exhaló un fuerte suspiro de alivio.

— ¡Ya está! —dijo—. ¡La Tierra ha sido salvada de la destrucción total!

Farrar era hombre joven, de apenas treinta años, y escéptico en muchas cosas, pero también sabía cuándo debía actuar con discreción, por lo que ocultó prudentemente una sonrisa, sobre todo, pensando en el préstamo que había solicitado a su tío.

—Te felicito —exclamó, a la vez que le palmeaba los hombros—. Así podremos vivir tranquilos y... ¿qué hay de la *pasta,* querido tío?

—Sholto, ¿sabes que podría tener un empleo para ti? —dijo el doctor Tyne, mirándole de hito en hito.

—¿Cuál, por favor?

—Mozo de limpieza. Lo estoy necesitando y creo que tú eres el hombre ideal para el puesto.

—Ahora, no, tío; en otro momento. Si no puedes prestarme ese dinero, lo comprenderé perfectamente... —Farrar empezó a batirse en retirada—. Lamento haberte molestado, tío; vendré otro día...

De repente, Tyne lanzó un estridente chillido:

— ¡La Tierra sigue en peligro, Sholto!

Farrar le miró aprensivo, temiendo que su pariente hubiera sufrido

un acceso de locura. Antes de que pudiera hacerle la menor pregunta, Tyne echó a correr hacia el interior de la casa.

Farrar le siguió, dispuesto a evitar que cometiese alguna barbaridad. Tyne se abalanzó sobre el videófono y mareó unas cuantas cifras.

A los pocos momentos, apareció en la pantalla el rostro de una mujer de mediana edad.

—¡Doctor Tyne! —exclamó—, ¿Desea algo?

—Sí, Martha. Por favor, la libreta de notas que le entregué…

—La tengo yo, claro. Usted me ordenó que sacara una copia en limpio y eso es lo que me disponía a hacer.

—No, no haga nada. Destrúyala… O, mejor todavía, tráigamela inmediatamente. Por favor, Martha, es muy urgente.

— Pero, doctor…

—Haga lo que le digo — exclamó Tyne enérgicamente—. La espero dentro de treinta minutos, eso es todo.

—Sí, doctor.

—Martha debe de creer que estás loco, tío —dijo Farrar, después de que la comunicación se hubiera cortado.

Tyne sacó un pañuelo y se secó la frente.

—Si conocieras la verdad, tan bien como yo, estarías sudando de miedo hasta ver quemada esa maldita libreta —dijo.

—Bueno, dentro de media hora podrás quemarla en persona —sonrió Farrar—, Y ahora, perdóname, pero tengo que irme…

—Espera, hombre. Me habías pedido mil escudos, creo recordar.

—Tienes buena memoria, tío.

—Te daré un cheque; en casa no tengo bastante efectivo. Pero, prométeme que…

—Sí, ya sé; te devolveré el dinero, apenas cobre de esos morosos.

—No. Lo que quiero es que te busques un empleo decente y seguro. Tienes facultades y me duele ver cómo las desperdicias estúpidamente de esa forma, ¿entiende.'?

Farrar estuvo a punto de contestar con un exabrupto, pero logró contenerse y hasta emitir una sonrisa de circunstancias.

—Haré lo que pueda, tío —respondió.

El doctor Tyne estuvo aguardando a su secretaria todo el resto del día. Martha Mulligan no pudo llegar, porque su aeromóvil había sufrido un accidente, incendiándose a continuación.

Tyne se enteró al día siguiente y, aunque lo lamentó profundamente, dado que, pese a su mal genio, tenía mucho afecto a su secretaria, en cierto modo, se alegró, ya que el incendio del vehículo le aseguraba que su libreta de notas había quedado totalmente destruida.

Estaba equivocado.

* * *

Cuando Sholto Farrar recibió aquel mensaje, lo primero en que pensó fue que se trataba de una broma de mal gusto. Luego, por prudencia, hizo una comprobación videofónica. Una atractiva secretaria le confirmó que, en efecto, la llamada era auténtica y que la señora Van Kroydt tendría mucho gusto en recibirle aquel mismo día, a partir de las seis de la tarde, en su residencia privada de Monte Dorado.

—Lleve la carta para su identificación, señor Farrar —dijo la secretaria—. En el papel está impreso el código de autenticidad, que comprobará el computador de vigilancia en Monte Dorado.

—Muy bien, señorita, muchas gracias. Anuncie a la señora Van Kroydt que seré puntual.

—Así lo haré, señor Farrar.

El joven se abanicó con la carta, redactada en un papel muy grueso, de color *beige* claro. En el ángulo inferior derecho, observó

unas ligerísimas protuberancias, que componían una serie de letras y cifras. Era el código de identificación que le permitiría penetrar en un recinto del que, decían las malas lenguas, estaba infinitamente mejor guardado que el palacio donde residía el presidente del gobierno central del planeta.

Se preguntó qué podía querer de él una mujer como Octavia Van Kroydt. Farrar conocía algunos detalles de su vida pública. Se decía de ella que era inmensamente rica y que tenía batallones enteros de abogados a su disposición, para que administrasen su incalculable fortuna. Algunos sostenían que podría haber adelantado el importe del presupuesto anual del gobierno, en caso de apuros económicos de éste, sin que su fortuna sufriese quebranto apreciable.

—Demasiado dinero —dijo Farrar—, A mí me ahogaría.

Por suerte para él, la llamada de Octavia Van Kroydt, pese al desconocimiento de los motivos que la habían originado, encerraba la total seguridad de percibir los honorarios.

—Lo cual no deja de resultar muy atractivo —se dijo Farrar, acostumbrado en los últimos tiempos a tropezarse con clientes malos pagadores.

* * *

Los dos hombres, equipados con escafandra espacial, trabajaban activamente al pie de aquel enorme risco, en cuya base abundaba el metano helado. El sol se divisaba a lo lejos como un punto dorado, pese a lo cual enviaba la suficiente luz para que los dos individuos pudieran utilizar sus picos sin necesidad de iluminación artificial.

—Espero que dé resultado —dijo uno de ellos, a través de la radio de su escafandra.

—El jefe lo probó con un asteroide que no tenía más de dos kilómetros de largo, por medio de grueso. Dio resultado, y eso que sólo empleó una dosis mínima.

—¿Cuánto tenía la dosis?

—¡Oh!, unos diez miligramos. Fue suficiente.

—¿Lo viste tú?

—Por supuesto. Fue algo fantástico.

—Me cuesta mucho creerlo.

—Te comprendo. Si yo no lo rubiera visto, no lo habría creído tampoco.

El hombre volvió la cabeza y contempló con aprensión la caja de metal, situada a pocos pasos de distancia.

—¿Estamos seguros? —preguntó, aprensivo.

El otro se echó a reír.

--Claro que sí, hombre. Mientras no se active el- mecanismo que podríamos llamar la ignición, es tan inofensivo como la ceniza de un cigarrillo.

—La ceniza de un cigarrillo no puede arder, tú.

—Era sólo una frase. Pero es inofensivo, hasta que se activa.

—¿Y después de que se activa?

—¡Puf!

—¿Qué quiere decir «puf»?

—Eso, exactamente. Antes, estaba; después, ya no está.

—Pero algún rastro quedará, ¿no?

—Sí, el mismo que si esparcieras la ceniza de ese cigarrillo en el desierto del Sahara. Ni se notaría,, vamos.

—Con tal de que resulte como dices...

—Animo, chico; nos espera la fortuna — dijo Tom Bernell—. La vida regalada por el resto de nuestros días, ¿comprendes

Hunny Leck se irguió un instante y contempló el paisaje que le rodeaba: altas y agudas montañas, y gases helados por todas partes. Era un espectáculo de salvaje grandiosidad, inenarrablemente bello, pese a lo inhóspito de su ambiente, en donde ningún ser humano podía vivir si no era dentro de su escafandra espacial. Aunque sabía

que era un trabajo que iba a proporcionarle la fortuna para toda la vida, se sintió melancólico y lamentó infinito que el trabajo que estaban realizando fuese para destruir el mundo en el que se hallaban.

—Es una lástima, ¿no crees? —dijo, tras unos momentos de silencio.

Bernell soltó un bufido.

—Tú eres un romántico incurable —le apostrofó—. Esto no sirve para nada. Por eso lo vamos a convertir en menos que ceniza de un cigarrillo. Vamos, acabemos este maldito trabajo de una vez —añadió, enojado.

—Sí, como digas —se resignó Leck.

CAPITULO II

El portón de acero estaba vigilado por dos hermosas mujeres, vestidas con blusas de color acero, pantalones cortos, algo más oscuros, y botas de media caña. Las dos estaban armadas con sendas metralletas ligeras, capaces, sin embargo, de disparar varias clases de proyectiles y a velocidades realmente fantásticas: normales, paralizantes, descohesionadores y hasta explosivos, éstos con la potencia de un obús antiguo de calibre 105.

Había más vigilantes por el enorme parque que rodeaba la mansión, en la que se había acumulado todo el lujo imaginable. Farrar vio también media docena de perros gigantes, tan altos como una ternera, obtenidos mediante mutación genética y, seguramente, con la mente acondicionada para matar a una orden de sus cuidadoras. A Octavia no le gustaban los hombres para guardianes de su residencia; sólo sus abogados, y no todos, pertenecían al sexo fuerte.

La computadora de identificación de la entrada aceptó al visitante. Una atractiva guardiana de hermosos senos y firmes caderas, se acercó, pilotando un carrito eléctrico.

—Suba, señor Farrar.

—Gracias, señorita.

—Me llamo Janet Fork. Puede llamarme Janet, a secas.

—Bien, Janet.

El carrito empezó a rodar por una amplia avenida, bordeada de copudos castaños de Indias. Había surtidores y fuentes por todas partes. Los jardines eran realmente exuberantes y se veían flores exóticas de atractivos colores.

—-Un lugar realmente hermoso, Janet —comentó el joven.

—Muy atractivo, en efecto.

—A mí también me gustaría estar empleado aquí —sonrió él.

—La señora no quiere hombres en su servicio de vigilancia.

—Un raro capricho, ¿verdad?

Janet hizo un gesto ambiguo.

—No me pagan por comentar lo que le gusta o deja de gustarle a la señora Van Kroydt —respondió.

—Comprendo. Dispénseme, Janet.

—No se preocupe.

De pronto, se oyó una voz femenina que brotaba de un altoparlante situado en el pequeño cuadro de mandos del carrito:

«Janet, apéese y deje que el señor Farrar siga solo. Estoy en el lago.»

—Bien, señora.

La joven detuvo el coche, saltó al suelo y señaló un punto, situado al otro lado de la casa.

—Siga el camino más estrecho —indicó—. ¿Sabe cómo se maneja el vehículo?

Farrar empuñó la palanca.

—Adelante, avance; atrás, retroceso. Con el pulgar, freno. A derecha e izquierda, virar en el sentido deseado —contestó.

—Exactamente. Muchas gracias, señor Farrar.

—A usted, Janet.

Farrar sonrió, a la vez que movía la palanca hacia adelante. Al llegar a la bifurcación, la hizo girar un poco a la derecha. El carro obedeció dócilmente a los controles.

Seiscientos metros más adelante, Farrar se encontró en un lugar que le pareció de ensueño.

* * *

El lago tenía unos ciento cincuenta metros de anchura. Por uno de sus lados, había un gran paredón rocoso, muy irregular, sin embargo, por el que se desplomaba una cascada de agua, de tres o cuatro metros de anchura y desde unos veinte de altura. Las rocas constituían el borde en una cuarta parte total de la circunferencia. El resto era césped casi todo, salvo unos cincuenta metros de arena finísima y resplandeciente.

Había un par de sombrillas y mesas y sillas, con servicio de licores. En el centro del lago, de aguas completamente transparentes, se divisaba una sombra blanca que se movía perezosamente.

Sobre las rocas, Farrar divisó un par de centinelas femeninos, atentos y vigilantes. Se acercó a la mesa de bebidas y eligió una botella. Puso cuatro dedos de líquido en un vaso, añadió unos cubitos de hielo y agitó la mezcla.

De pronto, una mano le arrebató el vaso.

—Hola, Sholto.

Farrar se volvió. Inmediatamente, dio un respingo.

—¡Señora!

Octavia Van Kroydt sonreía, satisfecha y orgullosa de su figura, que mostraba sin el menor velo al visitante. Era alta, de exuberante cabellera rubia, cintura increíblemente delgada y senos erguidos y redondos. Las piernas eran largas, perfectamente torneadas, adecuado sostén de unas caderas poco desarrolladas, pero, sin embargo, absolutamente femeninas.

—No me has conocido, Sholto —dijo ella—. Anda, sírvete otro trago; lo estás necesitando. ¿O no has visto nunca una mujer desnuda?

Farrar reparó en el tono dorado de la piel de Octavia. Debía pasar muchas horas a1 aire libre, en aquella fastuosa residencia, con la extensión de un pequeño país.

—Ha dicho que la conozco...

—Cuando estudiábamos juntos, me llamaba Octavia Smith. Al casarme, y después enviudar del riquísimo Hans Peter Van Kroydt, me quedé con su apellido. Y el dinero, naturalmente.

—De modo que tú eres... Pero han pasado muchos años, Octavia —dijo él, todavía asombrado por el descubrimiento.

—No me hagas tan vieja, hombre; tenemos la misma edad —rió ella—. Estoy segura que no te imaginabas encontrarme en esta situación.

Farrar hizo un gesto negativo.

—Has dicho la verdad —contestó—. Oye, ¿por qué tanta vigilancia...?

—Mi posición lo exige.

—Y todas son mujeres.

—Los hombres no son de fiar, Sholto. Alguno querría obtener lo que no me gustaría darle.

Farrar despachó la mitad de su copa,

—Pueden pensar que sólo te gustan las mujeres —dijo. .

—Que piensen lo que quieran —respondió Octavia indiferentemente—. Están bien entrenadas, me son absolutamente fieles y perciben una suculenta paga; es todo lo que me interesa.

—Ya —murmuró él. Se encogió de hombros—. En fin, cuando se tiene dinero en abundancia, todo se perdona. Y disculpa la franqueza.

—No te preocupes. —Octavia se sentó y cruzó las piernas indolentemente—. Aún no me has preguntado por qué te he llamado.

—Espero que tú me Io digas —contestó él.

—Te necesito, Sholto.

Farrar contuvo una sonrisa.

—Tienes un humor excelente —dijo—. Tú, que podrías salvar el presupuesto de la Tierra, necesitas de un tipo insignificante como yo. ¿Te burlas de mí?

—Hablo en serio, Sholto —insistió la joven—. Te diré: antes de llamarte, hice que me informaran de las personas que mejor podrían ayudarme en mi problema. Al fin, te elegí a ti.

—Muchas gracias. Y ¿puede saberse por qué y para qué?

Los ojos de Octavia eran de color azul oscuro. De pronto, emitieron un vivo centelleo.

—Sholto, quiero que entres en las oficinas de la Norton Interspatial y que me consigas la carpeta señalada con las cifras EKX-05 —dijo.

* * *

Farrar apuró el contenido de su vaso y alargó la mano hacia una costosa cigarrera, que era un bloque de jade puro. —Por lo que me has dicho —habló, después de encender un cigarrillo—, debo entender que he de actuar como un ladrón.

Octavia se levantó y se acercó a la mesa donde estaban los licores. Debajo de una servilleta había un rectángulo de papel blanco, que enseñó a su huésped, sosteniéndolo con ambas manos.

—Tráeme la carpeta y te daré este cheque —dijo.

Farrar leyó la cifra.

—¡Cincuenta millones! —exclamó.

—Ni un centésimo menos —confirmó ella—. Y también tendrás otra recompensa.

—¿Cuál?

Octavia volvió la cabeza hacia un punto del parque, en donde

había un espeso grupo de álamos. El suelo estaba cubierto de césped y abundaban los arbustos llenos de flores.

—¿No has amado a una mujer sobre la hierba? -—preguntó, sonriendo incitantemente.

—Me gusta más la penumbra, no la oscuridad, y una cama mullida —contestó él, sin perder la flema.

—Vale la pena probar la hierba —dijo Octavia.

—La deje para los corderos.

Octavia frunció el ceño.

—Sholto, temo que no me has comprendido —dijo—. Son cincuenta millones... y yo. Cuando éramos estudiantes me perseguías como un toro en celo. Algunos decían qué hasta mugías.

—Han pasado doce años. Ahora me controlo mucho mejor. Y, de todas formas, tú nunca quisiste ser mi vaca.

—No simpatizábamos mucho entonces, ésta es la verdad. Pero, como acabas de decir, han pasado doce años. Está bien, ¿qué me contestas?

—¿Sabes que me has propuesto algo ilegal?

—Si no lo supiera, no estarías aquí, Sholto.

—Si me sorprenden, puedo ir a la cárcel por el resto de mis días.

—Tengo buenos abogados.

—Los buenos abogados no pueden evitar la condena de un ladrón sorprendido *in fraganti.* Por lo que sé, los sistemas de seguridad de la NI son absolutamente invulnerables. ¿Cuántas guardianas tienes aquí? —preguntó Farrar de súbito.

—Sesenta —contestó ella, sorprendida.

—La NI tiene ciento veinte hombres... y emplea panteras mutadas. Una de esas fieras, podría destrozar a tus perros gigantes con la mayor facilidad del mundo. En el recinto de la NI no se hace la oscuridad jamás. Tiene cuatro generadores independientes, encerrados en bóvedas acorazadas. Si uno fallase, quedarían los otros tres, que se conectarían automáticamente. Y, aun en el supuesto de que se

pudieran inutilizar, no sólo las conducciones normales de energía, más los cuatro generadores citados, cada lámpara dispone de una batería propia, que le permitiría seguir funcionando durante doce horas sin interrupción. Hay doscientos puntos de luz, así que imagínate lo que sería preciso hacer para llegar a la caja fuerte de la NI.

—Estás muy bien enterado de los sistemas de seguridad de la Norton —sonrió Octavia.

—Trabajé allí una temporada —contestó Farrar.

—¿Por qué lo dejaste?

—Tengo un espíritu inquieto. Odio los horarios fijos.

Ella volvió a sonreír.

—Sabía que habías trabajado en la Norton —dijo—. En cambio, ignoraba los motivos del despido.

—Ahora ya los conoces, Octavia.

—Bien, el asalto a la NI desde el exterior es imposible, de acuerdo. Pero se puede hacer desde dentro. Vuelve a tu antiguo puesto…

Farrar se puso en pie.

—Cincuenta millones es una cifra magnífica —manifestó—. La solución a los problemas económicos durante el resto de mis días, debo admitirlo. Pero ni aunque me dieses cien veces más, aceptaría tu proposición. Incluyendo el gozar de tu hermoso cuerpo, claro.

Octavia sonreía, pero ahora era una sonrisa helada, amenazadora.

—Sholto, nunca acepto un no —dijo—. Piénsatelo bien.

—Está decidido, Octavia.

—Bien, gracias por tu visita. Tendrás noticias mías. Adiós.

Farrar giró sobre sus talones y se encaminó hacia el carrito eléctrico, que puso en marcha inmediatamente. En el momento de arrancar, oyó todavía la voz de la joven:

—Sholto, has cometido el peor error de tu vida. Aún tienes tiempo de dar media vuelta…

El joven guardó silencio y no volvió siquiera la cabeza. Poco más adelante, divisó a Janet, parada al borde del camino.

—Debo conducirle hasta la salida —dijo la muchacha.

Farrar se echó a un lado. Janet ocupó el puesto de conductor. El carrito arrancó de nuevo.

—Janet, dígame una cosa —pidió él de pronto.

—Sí, señor Farrar.

—¿Le gusta el empleo?

—El horario es cómodo y, hasta cierto punto, flexible. Disponemos de buenos alojamientos y percibimos un magnífico salario, señor.

En la voz de la muchacha apreció Farrar cierta tirantez, aunque se guardó mucho de hacer el menor comentario al respecto.

—Gracias, Janet..

—De nada, señor Farrar. ¿Ha encontrado bella a la señora Van Kroydt?

El joven sospechó inmediatamente de algún micrófono oculto.

—Es la mujer más hermosa del mundo, Janet. Y perdone que lo diga delante de usted.

—Sé de sobras que no puedo compararme con la señora —contestó la muchacha—. Bien, ya hemos llegado. He tenido mucho gusto en conocerle, señor Farrar.

—Gracias por todo, Janet.

Farrar se apeó y salió del recinto con las mismas formalidades que a la llegada. Se acercó a su aeromóvil, ocupó el puesto del piloto y despegó de inmediato, preguntándose cuál sería la reacción de Octavia a su negativa.

Lo supo al cabo de unos meses, cuando vio que no se acercaba un solo cliente a su despacho. Entonces, amargamente, empezó a pensar que tendría que pedir un nuevo préstamo a su tío.

CAPITULO III

La noticia se divulgó rápidamente.

Llegó en forma de una carta, multiplicada centenares de veces, y que estaba dirigida al gobierno, a los periódicos, a la radio y a la televisión. Era como una circular, enviada a cientos de destinatarios al mismo tiempo; de este modo, el remitente se aseguraba su publicidad,

Su contenido era el siguiente:

«Al presidente del Gobierno del planeta Tierra.

Excelencia:

Sírvase ordenar me sean pagados doce mil millones de escudos, moneda de la Tierra, cuya suma, en la forma y lugar que indicaré en una próxima carta, me será entregada, a fin de evitar la destrucción de este planeta.

Y para demostrar a todo el mundo que no bromeo, diré que, el día 27 de mayo de 2173, a las 23:59, hora de Greenwich, destruiré el cuarto satélite de Júpiter, más conocido por el nombre de Calixto.

Shylock Smith.

P. S.: El número aproximado de habitantes de la Tierra es de doce mil millones. Presumo que no es demasiado pedir un escudo por cada habitante. Si a su Excelencia le parece, puede organizar una suscripción pública para satisfacer mis demandas.

Muchas gracias.»

La postdata contenía una dosis de ironía, que no pasó desapercibida a nadie. La carta, naturalmente, recibió una amplia publicidad y antes de veinticuatro horas, su contenido era conocido en toda la redondez del planeta.

Los comentarios brotaron por todas partes, muchos de ellos

jocosos, aunque no faltaron los que tendían a dar por sentado que la carta procedía de algún demente, con manía de grandeza. Se hicieron chascarrillos en innumerables teatros, salas de fiestas, locales de *varietés,* periódicos, revistas... y hasta se compusieron algunas cancioncillas, con letrillas satíricas. Una de las que más éxito consiguió, a pesar de su título demasiado largo fue la denominada *Dame un escudo, compañero; es tu contribución a la integridad del planeta.* Los derechos de los autores de la letra y la música alcanzaron cifras astronómicas.

Algunos, más avispados, fundaron sociedades para recaudar los fondos necesarios y entregárselos a Shylock Smith, con lo que así evitarían la destrucción de la Tierra. En realidad, lo único que hacían aquellas sociedades era engrosar los fondos de sus cuentas corrientes de sus miembros directivos, muy escasos en número, naturalmente.

Otros también se lanzaron a la calle a pedir dinero para Shylock Smith. La Policía tuvo que actuar enérgicamente, para evitar que se estafase a los crédulos. Cualquiera, con ponerse en una esquina, con un pote de metal en la mano derecha, podía obtener en pocos minutos cien y más escudos. Los crédulos abundaban, ciertamente, pero los *vivos,* al menos en una gran mayoría, fueron a parar a la cárcel.

Los comentarios más serios, sin embargo, versaron sobre la personalidad de Shylock Smith y sobre la posibilidad de la destrucción de Calixto. El autor de la carta no había mencionado el método que pensaba emplear, aunque se especuló con la posibilidad de que utilizase algún potente explosivo nuclear. Una intensísima investigación, sin embargo, probó que no se había construido ninguna bomba de tipo atómico, en cualquiera de sus variedades y que, por tanto, no había sido instalada en Calixto.

Las naves de patrulla de gobierno, exploraron el satélite de Júpiter concienzudamente, mediante sus perfeccionados detectores, sin conseguir hallar nada sospechoso. Y así, la fecha señalada por el desconocido Shylock Smith, empezó a aproximarse.

En las horas precedentes, decenas de telescopios, muchos de ellos instalados en satélites artificiales, fueron enfocados hacia Calixto. Para mayor facilidad, se dispuso uno, a doscientos mil kilómetros escasos del satélite *condenado,* junto con una potente emisora de televisión, que recogería las imágenes y las enviaría a la Tierra, merced al uso de potentes repetidores, instalados a su vez en naves situadas adecuadamente. Dado que las imágenes viajaban a la velocidad de la luz, 300.000 km/seg, y teniendo en cuenta las

respectivas posiciones de la Tierra y de Calixto, en el momento anunciado por Smith, se calculaba que la destrucción de Calixto se vería unos treinta y cinco minutos más tarde y, por tanto, ya en el día 28.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Sholto Farrar se disponía a acostarse. Un tanto enojado y también intrigado por la inesperada visita, se decidió a abrir. Entonces vio a una hermosa muchacha en el umbral.

—¿Cómo está, señor Farrar? —saludó ella.

—Si viene para encomendarme algún trabajo, tengo que darle malas noticias. Me retiraron la licencia —dijo el joven.

—Lo sé —sonrió la visitante—. ¿No me recuerda, señor Farrar?

—La cara me parece conocida...

—Le enseñé a manejar un carrito eléctrico hace cosa de medio año.

Farrar chasqueó los dedos.

— ¡Janet Fork! —exclamó.

—La misma. ¿Puedo pasar?

Farrar se echó a un lado.

—Claro. Dispense, ¡qué tonto soy...! ¿Quiere tomar algo?

Fue al aparador de los licores y se detuvo, al ver que la única botella estaba completamente vacía.

—Lo siento —dijo compungidamente—. Sólo me queda agua... y algunas tabletas de café soluble.

—Me conformaré con el café —sonrió Janet—. Lo está pasando mal, ¿eh?

—Horriblemente mal —admitió él—. Siéntese, se lo ruego.

—Gracias.

Farrar se encaminó a la cocina y volvió a poco con a bandeja en las manos.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Le diré una cosa. Tengo poco dinero y sé que le quitaron la licencia. Pero es abogado.

—Eso no me lo pudo quitar su patrona, la hermosa y vengativa Octavia Van Kroydt. Pero he perdido la práctica forense...

—No importa. Puede investigar, en su cualidad de abogado. No hay ley que se lo impida.

—Un momento —exclamó él—. Antes de seguir adelante, quiero aclarar una cosa, Janet.

—Sí, señor Farrar.

—Llámeme Sholto, por favor. Mi olfato de sabueso no me ha abandonado, y lo digo sin falsa modestia. Usted no habría venido a mí a estas horas, de no ser por dos poderosas razones: Una, me necesita poco menos que desesperadamente. Dos, ya no es una de las amazonas guerreras de la señora Van Kroydt.

—Acierta por completo —sonrió ella—. Dos blancos, Sholto.

—¿Qué le pasó? ¿Se despidió o la despidieron?

—Ambas cosas a la vez. Me permití ponerle de vuelta y media. Incluso empleé un lenguaje que habría avergonzado a un astronauta, perdido en el espacio y con los tanques de combustible vacíos. Ella me contestó también en el mismo tono, no es mujer que tenga pelos en la lengua, y la discusión acabó cuando le sacudí dos bofetadas que le hicieron dar una vuelta sobre sí misma.

Farrar lanzó una alegre carcajada.

—Se lo tiene bien merecido —dijo—. Bueno, no trabaja para esa hiena, pero, ¿cuál es el otro motivo?

—A usted le llamó para que se apoderase de la carpeta EKX-05 de la Norton Interspatial. Usted se negó.

—Lo admito. No me gustan los trabajos sucios.

—Ella persistía en su idea. Puesto que usted le falló, buscó a otro que le hiciera el trabajo.

— Y lo consiguió.

—Sí, consiguió que esa carpeta fuese suya. Naturalmente, se trata de un empleado de la Norton. Pero en esa compañía no son tontos y hacía tiempo que, como se dice, «se habían olido la tostada». En resumen, los papeles que había en la carpeta eran completamente inofensivos. En la Norton se contentaron en despedir al empleado, ya que prefirieron evitar el escándalo. Ella, sin embargo, se comportó de muy diferente manera.

—¿Qué hizo, Janet?

—Ella, lógicamente, no entendía de ciertas materias, y tuvo que enviar la carpeta a sus expertos, quienes la informaron, al cabo de una semana, de que los papeles que contenía eran completamente inútiles. Como había pagado ya la recompensa al empleado infiel, pensó que éste la había engañado y se vengó denunciándole, por robo con amenazas.

—Es decir, declaró que ese empleado le había obligado con amenazas de muerte a firmar un cheque.

—Sí, justamente.

—Y usted quiere que yo lo libre de apuros...

—Me gustaría que lo hiciera, Sholto.

—Bien, Janet, no sé qué sacaré en limpio, aunque todo lo que esté en mi mano. Dígame, ¿cómo se llama ese hombre?

—Tony Fork. Es mi hermano.

Farrar silbó tenuemente. Vertió más agua caliente en su taza y se sirvió otra tableta de café soluble.

—¿Más, Janet?

Ella negó con la cabeza.

—¿Me ayudará, Sholto?

El joven asintió.

—Por supuesto. En cierto modo, yo también tengo que saldar una cuenta con esa bruja.

—Es muy hermosa —sonrió Janet.

—La madrastra de Blancanieves también era guapísima, pero no por ello dejaba de ser una bruja.

Sonó una alegre carcajada.

—Es usted un tipo con un humor magnífico —exclamó la muchacha—. No sé por qué, pero ahora me siento mucho más confortada.

—Lo celebro infinito. —De pronto, Sholto lanzó una exclamación —. ¡Demonios, van a dar las doce y media!

—¿Qué pasa? —preguntó Janet, intrigada.

Farrar se acercó al televisor y lo conectó.

—Vamos a ver si es cierto que Shylock Smith es capaz de destruir Calixto, como prometió en su célebre carta. Le supongo enterada de ello, ¿verdad?

—Por supuesto.

* * *

La imagen del satélite de Júpiter apareció nítidamente en la pantalla. Un locutor daba explicaciones acerca de sus características, pero empleaba un lenguaje demasiado árido, olvidando que se dirigía a un público completamente profano en la materia. De cuando en cuando, las cámaras realizaban algún movimiento de *zoom,* aproximando las imágenes increíblemente, a fin de permitir que los espectadores captaran el mayor número posible de detalles de la torturada superficie de Calixto.

«Ahora veremos si la carta de Shylock Smith es una amenaza cierta o una baladronada —decía el locutor—. Francamente, creemos imposible la destrucción de un astro, que mide nada menos que cinco mil ciento ochenta kilómetros de diámetro, mayor aun que el planeta Mercurio y...»

En el ángulo inferior de la pantalla se veían las cifras del reloj, en cuenta atrás. Aunque en la Tierra serían más de las doce y media, en el espacio no se había llegado aún al día 28.

Los últimos segundos corrieron velozmente hacia atrás: 5…, 4…, 3…, 2…, 1…, 0…

Farrar contuvo el aliento.

—No pasa nada —dijo Janet.

«Calixto sigue indemne, señoras y señores —clamó el locutor—. Está ahí, firme como una roc… ro…»

La voz del locutor se tornó de repente insegura.

«Algo está sucediendo. Parece como si… si se volviera transparente… ¡Sí, se está deshaciendo! ¡Shylock Smith tenía razón! Calixto se está desintegrando… Es un fenómeno indescriptible… Parece como sí se disolviera en el espacio… Ahora sólo vemos una niebla que se expande con enorme rapidez… Se acerca a nuestra nave… ¡Capitán, por el amor de Dios, huya! — gritó súbitamente el locutor, con la voz rebosando pánico—. Esa niebla maldita puede alcanzarnos a nosotros también… Salgamos de aquí a toda máquina, capitán… ¡La niebla nos alcanza! Ya llega a las inmediaciones de la nave… ¡Oh, Señor, acoge bondadosamente nuestras almas..!»

La imagen se apagó repentinamente. El sonido de la voz del locutor se acalló en el mismo instante. En la sala se hizo un profundísimo silencio.

Farrar se sentía anonadado, y sabía que no era el único. Miles de millones de personas debían encontrarse en su misma situación. Las amenazas de Shylock Smith no habían sido vana palabrería.

Calixto había sido destruido. Era la suerte que le esperaba a la Tierra, pensó Farrar, completamente desmoralizado.

De repente, sonó el timbre del videófono. Farrar vaciló unos instantes, pero acabó por acercarse al aparato y dar el contacto.

La imagen del doctor Tyne apareció en la pantalla.

—¡Sobrino! —rugió Tyne—. Ven inmediatamente a mi casa.

—Pero… tío…

—No me contradigas —bramó el científico—. Te he ayudado demasiadas veces, para que ahora te niegues a hacerme un favor. No puedo decirte nada más; tenemos que hablar cara a cara, ¿entiendes?

—Sí, tío Phil.

—Y deja a esa pécora que tienes al lado. ¡Estás sin trabajo y sólo se te ocurre refocilarte con una buscona de mala muerte!

—No es lo que piensas, tío; es mi cliente, la señorita Janet Fork —protestó el joven indignamente.

—Me importa un pepino lo que sea; el caso es que quiero que vengas inmediatamente, ¿lo oyes?

—Está bien, tío; iré ahora mismo.

Farrar se volvió hacia la muchacha, que parecía más divertida que indignada por el incidente.

—Discúlpele, Janet; tiene un genio infernal...

—Oiga, ese pariente suyo, ¿se llama por casualidad Philibert S. Tyne? —preguntó ella.

—Sí, ¿por qué lo dice?

—Vamos los dos a ver a su tío —dijo la muchacha—. Creo que, aunque involuntariamente, tiene mucho que ver con el conflicto de mi hermano.

CAPITULO IV

El doctor Tyne se enfureció de nuevo al ver a su sobrino aparecer en compañía de la joven.

—Te dije que vinieras solo...

—Calma, tío —rogó Farrar—. Ella es Janet Fork. Parece que tiene algo interesante que contarnos. Janet, te presento al doctor Tyne, por desgracia hermano de mi madre.

—Encantada, doctor —saludó ella.

Tyne miró sucesivamente a los dos jóvenes.

—Está bien —gruñó—. Sholto, lo que sucede es espantoso.

—Si no te explicas un poco mejor…

—¿Has visto el programa de televisión?

—Claro. Resultó estremecedor. Por lo visto, la nave que hacía de emisora de televisión ha resultado también destruida.

—Los que la enviaron fueron unos estúpidos. Condenaron a muerte a una veintena de hombres…

—Pero, ¿por qué? Ellos no sabían lo que iba a suceder. —Farrar miró de reojo a su tío — . No irás a decirme que tú *sí* lo sabías, ¿eh?

—Lo he sabido después de la transmisión. Sholto, muchacho, Shylock Smith tiene toda la razón del mundo. Puede destruir la Tierra.

—Y tú sabes cómo —adivinó el joven.

Tyne asintió tristemente.

—Sí —admitió—. ¿Recuerdas el maldito error de la computadora? Me sorprendiste arreándole patadas…

—Es una escena difícil de olvidar —sonrió Farrar.

—Bueno, ese error fue a parar a la libreta que tenía mi secretaria, Martha Mulligan, Su aeromóvil sufrió un accidente cuando venía a traérmela y se incendió. Yo creí que la libreta se había quemado también, pero estaba equivocado. Alguien la sacó del aeromóvil, antes de que se incendiase. Y aunque, por supuesto, lamenté muchísimo la muerte de mi secretaria, me quedé tranquilo al saber que la libreta se había quemado. Tú quemaste un montón de papeles en el jardín.

—Sí, es cierto. Sigue, tío.

—Bueno, alguien llevó a la práctica las anotaciones contenidas en la libreta y eso es lo que le ha permitido destruir Calixto.

Farrar respingó.

—Dijiste que la Tierra se había salvado de la destrucción —exclamó.

—Estaba equivocado —contestó Tyne amargamente—. Ese

hombre, Shylock Smith, sea como sea, se apoderó de la libreta y la ha utilizado para sus propios fines.

—Pero, doctor Tyne, ¿cómo es posible que un astro como Calixto se convierta casi repentinamente en polvillo cósmico? —preguntó Janet.

—Es mi fórmula equivocada, muchacha. Una vez se inicia la reacción descohesionadora, no hay forma humana de pararla. Todo se descompone en los átomos primitivos…

—Esa tendría que provocar una explosión nuclear —alegó Farrar.

—No, porque no hay fisión del átomo, ni mucho menos fusión. Es como cuando arrojas un terrón de azúcar en la taza de café caliente. Se disuelve por completo, ¿entiendes?

—Entonces, el espacio está lleno de átomos de Calixto.

—Sí.

—Y esos átomos pueden llegar a la Tierra e iniciar el proceso de descohesión… como sucedió con la nave-emisora.

—No, porque fue alcanzada por la nube, todavía en proceso de disgregación. Pero a cierta distancia del centro del astro destruido, la reacción se detiene y resulta inofensiva. Ganimedes, el satélite de Júpiter más cercano a Calixto, unos ochocientos mil kilómetros, ya no tendrá nada que temer. El límite máximo de *contagio,* por así llamarlo, es una distancia aproximadamente veinte veces el radio del astro afectado, es decir, en el caso de Calixto, unos doscientos sesenta mil kilómetros. La nave estaba a doscientos mil, recuérdalo.

—Y el caso de la Tierra, con un radio de seis mil doscientos kilómetros…

—Seiscientos veinte mil kilómetros. La Luna, por tanto, también será afectada.

—Bueno, pero todavía estamos con los pies en el suelo. Shylock Smith no ha dicho aún ni pío. Tiene que enviar su segundo mensaje.

—Eso es precisamente lo que debemos evitar, sobrino —dijo Tyne firmemente.

* * *

Farrar se puso a pasear por la estancia.

—¿Quieres que yo investigue...?

—Sí. Tengo dinero, te daré todo el que necesites, pero, encuentra a Shylock y averigua dónde está el maldito producto, resultado de la consulta a una computadora averiada.

—¿Estaba averiada, tío?

—Uno de sus bancos de memoria tenía datos erróneos. Lo descubrieron los especialistas de la Norton y, naturalmente, me entregaron una máquina nueva y me indemnizaron. Pero eso sirve ya de muy poco, sobrino.

—La cosa no va a resultar fácil —se quejó Farrar—. Al menos, tendremos que aguardar a que Shylock envíe la segunda parte del mensaje.

—¿Por qué no vas a casa de Martha Mulligan? Era viuda y vivía sola. Me parece muy sospechoso el hecho de provocar un accidente de aeromóvil y conseguir la libreta antes de que el vehículo se incendiase. Al menos, el autor habría corrido un grave riesgo. Quizá lo robó antes, en su propia casa.

—Pero no tendría sentido venir a verte, sin la libreta, tío. Tuvo que arder...

—Quizá ella no se atrevió a decírmelo por videófono, no sé. Tú lo averiguarás, Sholto. En cierto modo, me siento culpable de lo sucedido, ¿comprendes? Un astro convertido en átomos, la Tierra en camino de sufrir la misma suerte...

De pronto, pareció reparar en la muchacha.

—Bien, señorita, creo que tenía que decir algo —exclamó.

—Así es, doctor. Hace algún tiempo, escuché una conversación a la señorita Van Kroydt, involuntariamente, por supuesto, Ella mencionó su nombre.

—¿Qué más, Janet? —preguntó el joven.

—Estaba hablando con un tipo llamado Nickíe Durbain. Ella dijo que el doctor Tyne no tenía por qué saberlo. Ignoro a qué se refería, Sholto —Janet se volvió hacia el científico—. Es todo lo que sé, doctor.

—Una vez, esa prójima quiso contratarme para trabajar en una de sus empresas. La envié al cuerno. Al contrato que me ofrecía sólo le faltaba añadir la cláusula de cadena y bola en un pie. Me gusta ser libre, aunque me ofrezcan mucho dinero —declaró Tyne.

Farrar se rascó la mejilla con el pulgar.

—Tendría que hablar con ella, aunque después de la última entrevista, no creo que quiera recibirme —dijo—. Pero, de todas formas, voy a intentarlo.

—No es mala idea, muchacho. ¿Me tendrás informado de lo que hagas?

El joven vaciló.

—Janet me había contratado como abogado —dijo—. Y, gracias a Octavia Van Kroydt, me retiraron la licencia de detective,

—Trabaja en el caso —exclamó Tyne—. Ella tiene influencias, pero yo no soy un don nadie. Mañana sabrá esa bruja quién es el doctor Tyne.

—Será hoy —sonrió Janet.

—Mañana. Necesito todo el día de hoy para hacer unas cuantas gestiones.

—Tío-—Farrar alargó la mano y frotó significativamente el índice y el pulgar.

— ¡Ah, dinero! —rezongó Tyne—. No sé cómo te las arreglas para estar siempre sin blanca. ¿Cuánto, sobrino manirroto?

—Dame mil para empezar —pidió Farrar.

—Te daré dos mil —Tyne miró a su sobrino de pies a cabeza—. Con esas ropas pareces un pordiosero. Estás...

—Que doy asco —sonrió el joven.

—No, vergüenza para la familia. Bueno, si quieres, puedes quedarte a dormir en casa, Sholto.

—Tengo que acompañar a Janet, tío.

—Hay una habitación para ella. A menos que tenga un marido que la espere.

—Soy soltera, doctor —declaró ella.

—Entonces, sígueme, muchacha. Te enseñaré tu dormitorio. Cierra con llave por dentro; no puedes fiarte del sátiro de mi sobrino.

Janet miró sonriendo al joven. Farrar abrió los brazos, con un inequívoco gesto de resignación.

—Mi tío tiene madera de dictador —exclamó.

—Si lo fuese, estarías de mozo de limpieza en mi laboratorio —contestó Tyne—. Vamos, Janet.

—Sí, doctor. Buenas noches, Sholto.

—Buenas noches, Janet.

* * *

La expectación era enorme. Todos los diarios, tanto impresos en papel, como emitidos por la televisión, comentaban la increíble destrucción de Calixto y especulaban de mil maneras acerca de la forma en que Shylock Smith había hecho realidad sus amenazas.

Pero también mencionaban el peligro que corría la Tierra. Mientras unos hablaban de dar el dinero al extorsionista, otros sostenían la opinión de que era preciso mostrarse firme. De lo contrario, decían, más extorsionistas destruirían otros satélites del sistema solar, para exigir dinero al gobierno, o quizá para conseguir fines aún peores.

—Nadie se pone de acuerdo —dijo Farrar, después del desayuno.

—Es difícil —manifestó Janet—. Realmente, la amenaza no es vana.

—Pero, doce mil millones de escudos…

—Como dijo Smith, tocamos a uno por cabeza. Podemos permitirnos ese dispendio, ¿no?

—El gobierno, si cede, los incluirá en los impuestos —Farrar dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie—. Tengo que salir —añadió.

Janet se levantó también.

—Vas a casa de Martha Mulligan —adivinó.

—Sí, es cierto.

—¿Permites que te acompañe?

—Bueno, no hay inconveniente… Luego iré a la Policía, a fin de informarme del asunto de tu hermano.

Janet empezó a recoger los cacharros del desayuno.

—Tu tío está en el laboratorio —dijo—. Vamos a echarle una mano en el arreglo de la casa.

—¿No ha desayunado? —se sorprendió Farrar.

—Dijo que lo había hecho muy temprano. De todos modos, ames de marcharnos, le llevaré una cafetera llena.

Un cuarto de hora más tarde, Farrar se asomó al laboratorio y vio al doctor enfrascado en hacer cálculos.

—Tío, nos vamos —anunció.

Tyne levantó la cabeza.

—No dejes de informarme de lo que consigas —solicitó.

—Descuida, tío.

—Yo me quedo trabajando. Tengo que hacer algo para remediar mi error.

—¿Crees que lo conseguirás?

—Al menos intentaré encontrar el antídoto.

—¿An... tídoto? —repitió Farrar, perplejo.

—Bueno, mi fórmula es una especie de veneno y todo veneno tiene su antídoto, muchacho.

—Sí, desde luego. Adiós, tío.

Farrar y Janet subieron al aeromóvil. Una hora más tarde, aterrizaron en un lugar donde sólo se veía un solar, lleno de cenizas.

El joven se quedó atónito.

—Pero... ésta era la casa de Martha...

—Se incendió la semana pasada, caballero —dijo de repente—. La casa ardió hasta los cimientos. Incluso se fundieron los ladrillos y el cemento, y no digamos las vigas de hierro. Eso es todo lo que queda de lo que fue el hogar de la pobre señora Mulligan.

Farrar se volvió hacia la mujer, que estaba apoyada en la valla del jardín contiguo.

—¿Lo vio usted, señora?

Ella soltó una amarga carcajada.

—Tuvimos que evacuar nuestra casa. Por poco ardernos también; suerte de los bomberos, que actuaron rápida y eficientemente. Oí decir que el fuego había sido intencionado, pero eso es todo lo que sé.

De nuevo embarcaron en el aeromóvil. Antes de despegar, Farrar murmuró amargamente:

—Presiento que no vamos a caminar por un sendero lleno de rosas, Janet.

—Opino lo mismo que tú, Sholto —respondió la muchacha.

CAPITULO V

—El caso está clarísimo —dijo el capitán Forester—. Tony Fork obtuvo el cheque de diez millones, mediante amenazas de muerte. No hay duda alguna respecto al delito cometido por su cliente, abogado

Farrar.

—Capitán, una pregunta, por favor —solicitó el joven.

—¿Si?

—¿Llegó mi cliente a cobrar el cheque?

—Por supuesto que no. La denuncia llegó antes.

—Es decir, recobraron el cheque antes de que llegase al Banco.

—Pues… así fue, abogado Farrar.

—Cuando detuvieron a mi cliente, ¿estaba siquiera en el Banco, intentando cobrar el cheque?

—No. La detención se efectuó en el propio domicilio.

—Muy bien. Ahora vayamos a las amenazas de muerte. ¿Quién acusó a mi cliente?

—Lo hizo uno de los abogados de la señora Van Kroydt y en su nombre, claro.

—¿Qué pruebas presentó de ese delito?

El capitán Forester se desconcertó.

—Bueno, dijo que… Citó…

Farrar sonrió.

—Capitán, temo que alguien se dejó impresionar demasiado por la reputación de la señora Van Kroydt y dio por sentado que cualquier cosa que ella dijera, por sí o por sus representantes legales, era algo que debía tomarse como artículo de fe.

El joven hizo una pausa deliberadamente, mientras contemplaba al policía, que sudaba a chorros.

—¿Ponemos en libertad a Tony Fork y olvidamos el asunto o prefiere que acuda a un juez? —añadió al fin.

Forester asintió, tragando saliva.

—Ahora mismo ordenaré que lo suelten —dijo—. Sin embargo,

queda el asunto del cheque...

—Puesto que no ha sido cobrado, será objeto de una demanda civil y no criminal. Suponiendo que esa demanda civil llegue a plantearse.

Forester se inclinó hacia un interfono.

—Pongan en libertad al detenido Anthony Fork —ordenó.

El hermano de Janet llegó a los pocos momentos y abrazó fuertemente a la muchacha.

—No acabo de creer en esta especie de milagro —dijo Tony.

—Se lo debes a tu abogado, el señor Farrar —contestó ella.

Tony estrechó la mano del joven.

—No sabe cuánto se lo agradezco —manifestó.

—Espero que esto te sirva para sentar la cabeza y no dejarte arrastrar por un cuerpo atractivo, sin pensar adonde puedes ir a parar —respondió Farrar sentenciosamente—. Janet, tengo que dejaros —se despidió.

—¿Vas a ver a la señora Van Kroydt? —preguntó !a muchacha.

—No. Antes quiero hablar con Nickie Durbain.

—¿Lo conoces? —preguntó ella, sorprendida.

—Un poco. Tony, encantado de conocerte.

—Lo mismo digo, señor Farrar —contestó el hermano de Janet, apenas un par de años mayor que la muchacha.

—Gracias, capitán Forester.

—Ha sido un placer refunfuñó el policía.

* * *

El apartamento era grande, lujoso. Farrar se sirvió una copa sin el menor escrúpulo y luego, para distraerse, encendió la televisión. Al

ocupante del apartamento le gustaban las cosas en grande: la pantalla del televisor, que formaba parte de la pared, media dos metros de ancho por uno y medio de alto.

Sentado cómodamente en un diván, escuchó las opiniones de varios científicos acerca de la destrucción de Calixto. Cada uno pensaba de forma distinta y algunos tan disparatadamente, que Farrar sintió ganas de romper la pantalla de un botellazo. Por fortuna logró contenerse.

El programa cambió a los pocos minutos y en la pantalla apareció un *ballet,* compuesto por dos docenas de hermosas mujeres, sucintamente ataviadas. Luego actuó un humorista, y entre los chistes que contó, estaba el que se refería a su mujer, su suegra y su cuñada, y la fórmula de Shylock Smith. Cuando la consiguiera, aquellas tres mujeres seguirían el camino de Calixto.

—A ti te convenía seguirlo, por malo —refunfuñó el joven.

De pronto, se abrió la puerta. Un hombre, tremendamente fornido, con hombros anchísimos y cejas que parecían un trazo negro en la frente, apareció ante los ojos del joven.

—Hola, Nickie —saludó Farrar jovialmente.

Durbain le miró con hosquedad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—En tiempos fuimos amigos, ¿lo recuerdas?

—Nunca fuimos amigos. —Durbain señaló con el pulgar hacia la puerta—. Estás aquí ilegalmente. Lárgate.

—Tenemos que hablar, Nickie —dijo el joven, impasible—. Anda, sírvete una copa.

—Gracias, eres muy amable —contestó el sujeto irónicamente—. ¿Puedo sentarme también en uno de mis propios sillones?

—¿Por qué no? Esta es tu casa... ¿O pertenece a Octavia van Kroydt?

Durbain se puso rígido.

—No sé a qué te refieres —contestó.

—Hace algún tiempo, ella te dio una orden con respecto al doctor Tyne y añadió que no tenía por qué saberlo. ¿Qué te dijo exactamente?

—Sholto, tienes cinco segundos para salir de esta casa por tu propio pie —dijo Durbain con glacial acento.

—Eres más fuerte que yo —admitió Farrar, a la vez que se ponía en pie—. Nunca peleo con alguien que me pueda ganar con facilidad. Adiós, Nickie.

Echó a andar hacia la puerta, sonriendo apaciblemente, pero, de súbito, al pasar junto a Durbain, disparó el pie derecho.

El tacón alcanzó una de las rodillas del sujeto, que se puso a jurar de inmediato. Farrar le pateó la otra rodilla. Luego disparó un puño contra su estómago, haciéndole curvarse sobre sí mismo. Finalmente, lo derribó de un seco golpe de filo en la nuca.

Durbain cayó al suelo, aunque no inconsciente, quejándose sordamente. Farrar aprovechó la ocasión para registrarle y desposeerle de una pistola lanzadardos.

Era un arma poco agradable. Los dardos medían diez centímetros de longitud por uno de grueso. Apenas salidos de la boca del arma, cuatro cuchillas se desplegaban helicoidalmente en la punta. Las heridas eran atroces, sobre todo teniendo en cuenta que entonces el diámetro del arma alcanzaba los tres centímetros y que su velocidad de rotación era de unas mil revoluciones por minuto.

Farrar volvió al diván y esperó a que Durbain se recobrase. El sujeto acabó por sentarse, sacudió la cabeza y la miró con ojos líenos de odio.

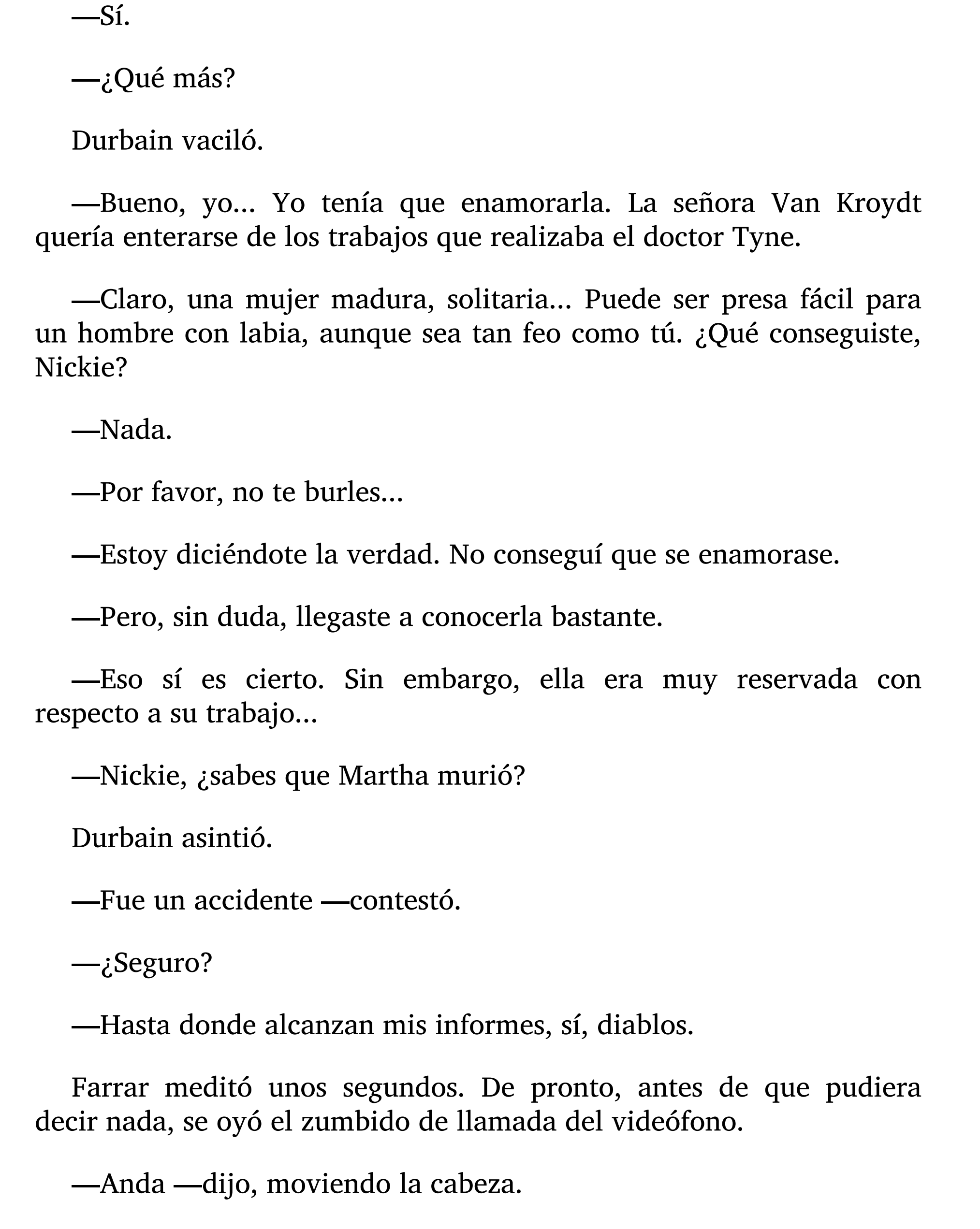
—Será mejor que hablemos, Nickie —dijo Farrar tranquilamente.

—No dispararás contra mí, no te atreverás —contestó el otro con voz ronca.

—Por si acaso, yo no haría la prueba. ¿Qué era lo que no tenía que saber el doctor Tyne?

—Estaba relacionado con su secretaria.

—Martha Mulligan.



—Sí.

—¿Qué más?

Durbain vaciló.

—Bueno, yo... Yo tenía que enamorarla. La señora Van Kroydt quería enterarse de los trabajos que realizaba el doctor Tyne.

—Claro, una mujer madura, solitaria... Puede ser presa fácil para un hombre con labia, aunque sea tan feo como tú. ¿Qué conseguiste, Nickie?

—Nada.

—Por favor, no te burles...

—Estoy diciéndote la verdad. No conseguí que se enamorase.

—Pero, sin duda, llegaste a conocerla bastante.

—Eso sí es cierto. Sin embargo, ella era muy reservada con respecto a su trabajo...

—Nickie, ¿sabes que Martha murió?

Durbain asintió.

—Fue un accidente —contestó.

—¿Seguro?

—Hasta donde alcanzan mis informes, sí, diablos.

Farrar meditó unos segundos. De pronto, antes de que pudiera decir nada, se oyó el zumbido de llamada del videófono.

—Anda —dijo, moviendo la cabeza.

Durbain se levantó pesadamente y se acercó al aparato. Tocó la tecla de contacto y, en el mismo instante, un chorro de fuego salió del centro de la pantalla. Alcanzando de lleno en el pecho, Durbain se desplomó sin lanzar un grito.

Farrar dio un salto. En la habitación se expandía un terrible olor a carne quemada.

En aquel momento, Farrar adquirió la convicción de que Durbain sabía mucho más de lo que aparentaba. Pero, por desgracia, ya no podía hablar.

Al cabo de unos segundos, Farrar decidió dejar todo tal como estaba, sin olvidarse de limpiar sus huellas dactilares de la pistola lanzadardos. Salió a la calle, preguntándose quién era el asesino de Durbain. Era una pregunta que se hacía en vano.

* * *

El locutor de TV, anunció que iba a darse lectura al segundo comunicado de Shylock Smith:

—El contenido es el siguiente —dijo el locutor—: «El Gobierno de la Tierra preparará el dinero solicitado en mi anterior mensaje, en la forma que voy a anunciar a continuación: Cuatro mil millones en oro, cuatro mil en billetes y cuatro mil en platino. Los metales preciosos serán tomados de la reserva mundial, y el conjunto será depositado en una astronave, que deberá zarpar de la Tierra el próximo día doce de junio. La nave, una vez situada en la órbita lunar, será abandonada por sus tripulantes, quienes la enviarán directamente hacia Júpiter.

«Ninguna nave de patrulla deberá seguir a la astronave que lleva el rescate de la Tierra. Si se contraviene esta orden, el planeta será destruido.

»La amenaza de destrucción se mantendrá durante treinta días más. Eso es todo. Firmado: *Shylock Smith.»*

Farrar había grabado el mensaje en video y volvió a repetirlo, para conocerlo a fondo. Después de escucharlo por segunda vez, se retrepó en el diván y se sumió en profundas meditaciones.

El tiempo se la pasó sin apercibirse de ello. De pronto, oyó que llamaban a la puerta.

Era Janet.

—Hola —saludó la joven—. ¿Puedo pasar?

—Claro —sonrió él—. No te esperaba…

—He estado llamándote y no contestabas.

—Tuve trabajo. Regresé hace escasamente una hora. ¿Café?

—Sí, gracias.

Janet arrojó el bolso sobre el diván, en el que se sentó, cruzando las piernas. Cuando Farrar volvió con la bandeja, dijo:

—Supongo que has oído el mensaje, Sholto.

—Por supuesto.

—¿Qué opinas?

—El gobierno debe pagar, Janet.

—Sí, tendrá que pagar —convino ella pensativamente—, Pero hay algo que me intriga muchísimo.

—¿De qué se trata?

—La suma exigida por Shylock. ¿Por qué oro y platino, además de los billetes? Ocupan demasiado espacio, ¿no crees?

—Querida, el oro no vale ya tanto como antaño. Un kilo de oro vale un millón de escudos; por tanto, cuatro mil millones, son sólo cuatro toneladas de ese metal. En cuanto al platino, la proporción es aún inferior; cuatrocientos kilos. Casi pesan más los billetes.

—Que Shylock no podrá utilizar.. El gobierno tomará nota de la numeración...

—Pienso que Shylock habrá estudiado ya ese problema y tendrá la solución —Farrar emitió una risita amarga—. Con unos cuantos meses de trabajo, va a solucionar sus problemas económicos para el resto de sus días.

—Es cierto —convino la muchacha—. Yo me pregunto por qué elegiría el nombre de Shylock...

—En sus circunstancias, es el más adecuado.

—Shylock, el usurero de *El Mercader de Venecia.* ¡Pero ése se contentaba con una libra de carne, tomada del cuerpo de su deudor!

—Y nuestro Shylock exige un poco más. A un promedio de

cincuenta kilos por persona, son seis mil millones de toneladas de carne humana.

Hubo un momento de silencio. De repente, Farrar chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —dijo—. ¿Por qué no lo habré recordado antes?

—¿Es algo interesante? —preguntó Janet.

Farrar consultó su reloj de pulsera.

—Solo son las nueve de la noche —dijo—. Todavía tengo tiempo de hablar con ella.

—¿Te refieres a la señora Van Kroydt?

—No. Hablo de la señora Durbain, desgraciadamente difunto en el día de hoy —contestó Farrar, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

CAPITULO VI

La mujer entró en el apartamento y lanzó el bolso sobre un diván. Luego se quitó la cinta que llevaba en la cabeza y sacudió ésta, haciendo ondear su abundante cabellera negra. A continuación, llevó las manos a la espalda, para bajarse la cremallera del vestido, pero entonces sintió en aquel lugar unas manos ajenas.

—Deja, yo lo haré, Ilse.

Ella volvió la cabeza.

—Me parece reconocer la voz —sonrió.

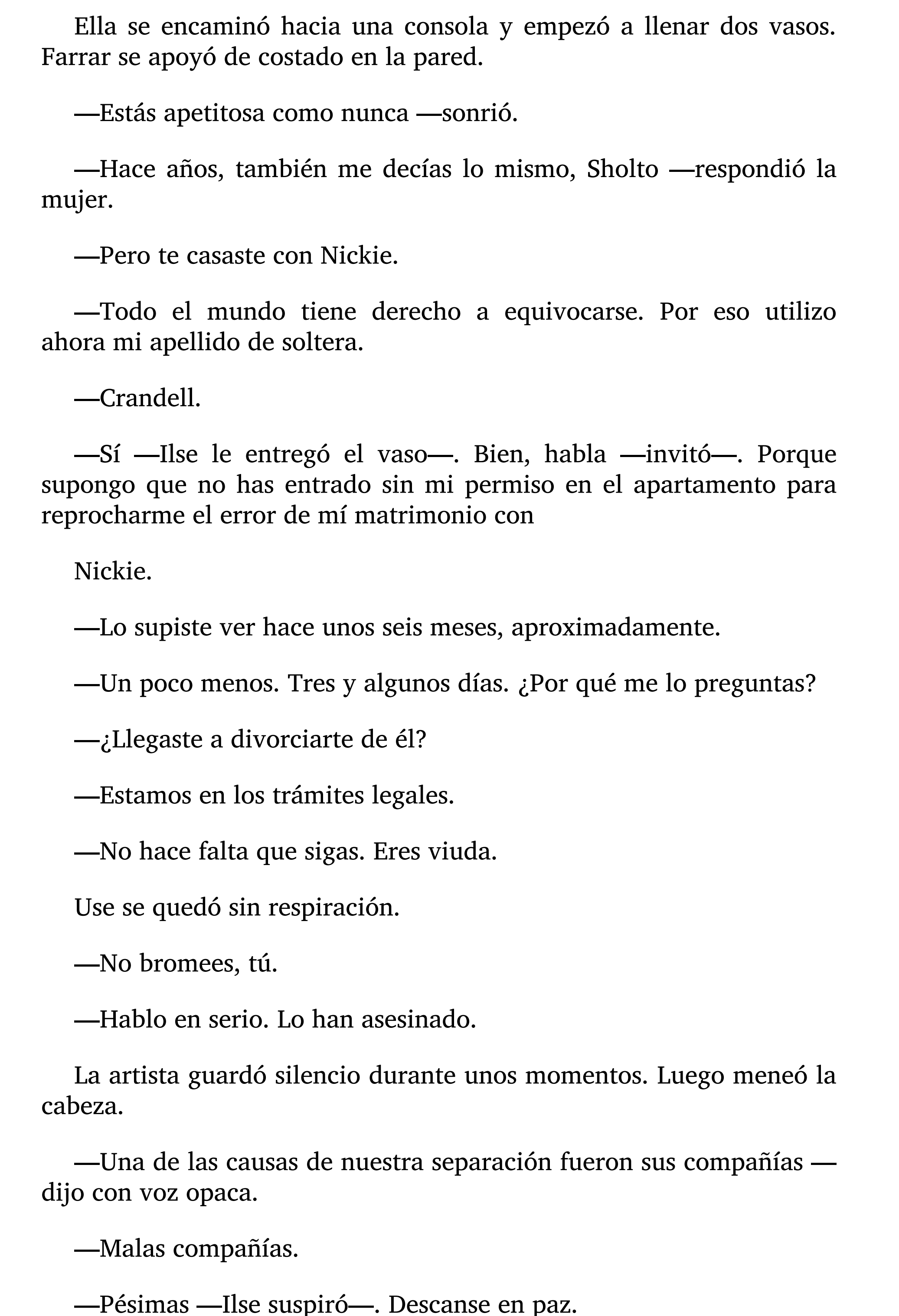
—Tienes buena memoria. Ilse Durbain.

—Ese ya no es mi apellido, Sholto. Y quita las manos de ahí.

—¿Por qué? ¿Te molesta enseñarme lo que enseñas a otros a diario en el Vulcan?

—Allí pagan —contestó ella—. ¿Quieres una copa?

—De acuerdo.



Ella se encaminó hacia una consola y empezó a llenar dos vasos. Farrar se apoyó de costado en la pared.

—Estás apetitosa como nunca —sonrió.

—Hace años, también me decías lo mismo, Sholto —respondió la mujer.

—Pero te casaste con Nickie.

—Todo el mundo tiene derecho a equivocarse. Por eso utilizo ahora mi apellido de soltera.

—Crandell.

—Sí —Ilse le entregó el vaso—. Bien, habla —invitó—. Porque supongo que no has entrado sin mi permiso en el apartamento para reprocharme el error de mí matrimonio con

Nickie.

—Lo supiste ver hace unos seis meses, aproximadamente.

—Un poco menos. Tres y algunos días. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Llegaste a divorciarte de él?

—Estamos en los trámites legales.

—No hace falta que sigas. Eres viuda.

Use se quedó sin respiración.

—No bromees, tú.

—Hablo en serio. Lo han asesinado.

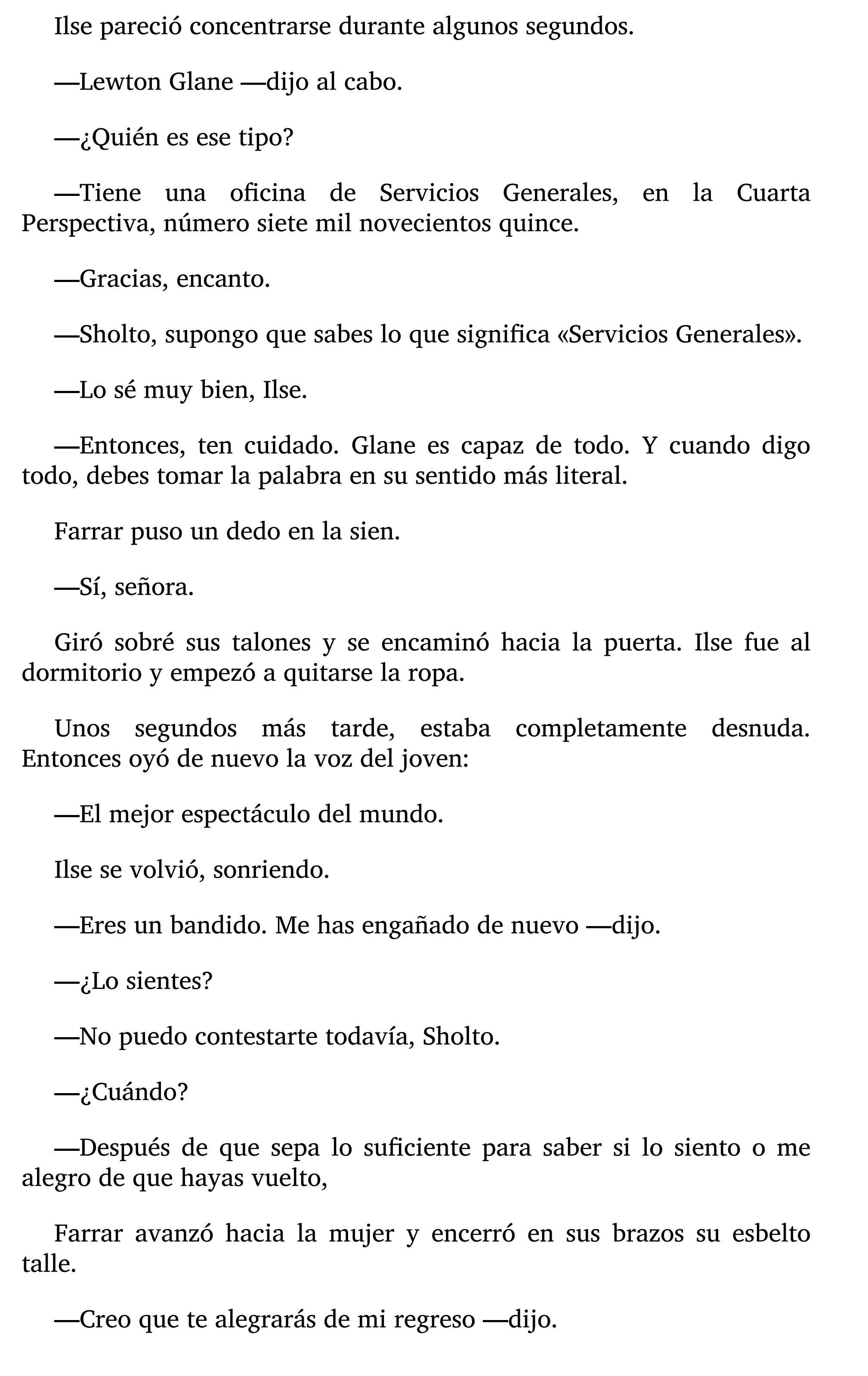
La artista guardó silencio durante unos momentos. Luego meneó la cabeza.

—Una de las causas de nuestra separación fueron sus compañías —dijo con voz opaca.

—Malas compañías.

—Pésimas —Ilse suspiró—. Descanse en paz.

—Amén. ¿Puedes citarme algún nombre, hermosa?



Ilse pareció concentrarse durante algunos segundos.

—Lewton Glane —dijo al cabo.

—¿Quién es ese tipo?

—Tiene una oficina de Servicios Generales, en la Cuarta Perspectiva, número siete mil novecientos quince.

—Gracias, encanto.

—Sholto, supongo que sabes lo que significa «Servicios Generales».

—Lo sé muy bien, Ilse.

—Entonces, ten cuidado. Glane es capaz de todo. Y cuando digo todo, debes tomar la palabra en su sentido más literal.

Farrar puso un dedo en la sien.

—Sí, señora.

Giró sobré sus talones y se encaminó hacia la puerta. Ilse fue al dormitorio y empezó a quitarse la ropa.

Unos segundos más tarde, estaba completamente desnuda. Entonces oyó de nuevo la voz del joven:

—El mejor espectáculo del mundo.

Ilse se volvió, sonriendo.

—Eres un bandido. Me has engañado de nuevo —dijo.

—¿Lo sientes?

—No puedo contestarte todavía, Sholto.

—¿Cuándo?

—Después de que sepa lo suficiente para saber si lo siento o me alegro de que hayas vuelto,

Farrar avanzó hacia la mujer y encerró en sus brazos su esbelto talle.

—Creo que te alegrarás de mi regreso —dijo.

* * *

Farrar conservaba todavía la tarjeta que Octavia le había enviado meses antes. Lo único que cambió en ella, mediante un hábil trabajo, fue la fecha. De este modo, las amazonas que guardaban la entrada le dejaron pasar sin la menor objeción.

Una de ellas apareció guiando un carrito eléctrico. Farrar la echó suavemente del vehículo.

—Deja, encanto; yo sé cómo encontrar a la señora.

—Bien, señor Farrar.

El joven hizo arrancar el vehículo de inmediato, encaminándolo al lago artificial. Con gran sorpresa, Octavia estaba sentada en una silla de mimbre, cubierta con una bata de baño, muy entretenida, al parecer, en la lectura de un libro. En su mano derecha tenía un lápiz. Al acercarse a ella, vio que tenía puestas unas gafas de leer.

Ella le dirigió una mirada glacial, sin inmutarse por la sorpresa que constituía la presencia del joven en aquel lugar.

—¿Puedo servirte en algo? —preguntó.

Farrar empezó a llenar una copa.

—Tu abogado te habrá informado que Tony Fork está en libertad —dijo.

—Sí. Lo hizo mal. Le he despedido.

—No sabes elegir a tus colaboradores. A algunos de ellos, claro.

—Todos podemos equivocarnos, Sholto. ¿Qué más?

El joven tomó un sorbo.

—Hace algunos meses, conversabas con un tal Nickie Durbain —continuó—. Le dijiste que el doctor Tyne no tenía por qué enterarse. ¿A qué te referías?

—Eso no es cosa que te interese —respondió ella, sin abandonar su

tono helado.

—Todo lo contrario, me interesa muchísimo. ¿Sabes que Nickie murió ayer, asesinado?

—No, no lo sabía. ¿Qué quiere decir eso?

—Es, precisamente, lo que vine a preguntarte.

Octavia calló durante unos momentos. Luego preguntó:

—Sholto, ¿cómo has conseguido entrar aquí, sin haber sido llamado?

—Conservaba la carta de llamada de la última ocasión.

—La fecha...

—Hice un pequeño trabajo de falsificación.

—Eres astuto, Sholto. ¿Por qué no te uniste a mí?

—Octavia, siempre fuiste muy ambiciosa, aunque, la verdad, nunca creí que llegases tan alto. También pensé que, una vez viuda, te dedicarías a gastar las rentas que tu esposo dejó en herencia, pero en lugar de ello, has empleado todos tus esfuerzos en dirigir sus empresas con mano de hierro.

—Al principio no me gustaba, pero luego, me aficioné y... Recuerda que fui una buena estudiante de Económicas.

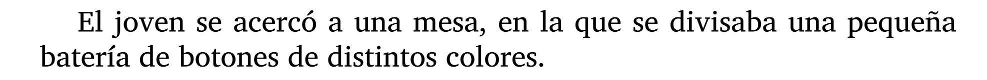
—Sí, te graduaste con excelentes notas, pero parecía que luego te ibas a dedicar exclusivamente a la carrera de ama de casa.

—Y así lo hice, hasta que enviudé. Pero, Sholto, todo esto que hablamos es cosa sabida. ¿Por qué no me dices de verdad los motivos que te han traído aquí?

—Te lo he dicho hace unos momentos.

Octavia pareció sumirse en sus meditaciones. Estuvo aquí así unos segundos y de pronto levantó la cabeza.

—Sholto, por favor, toca ese timbre —pidió.



El joven se acercó a una mesa, en la que se divisaba una pequeña batería de botones de distintos colores.

—El verde —indicó ella.

—Muy bien.

Transcurrió un minuto. Al cabo de ese tiempo, apareció una mujer en aquel sector del parque. Era alta, fornida, de grandes pechos y amplias caderas, con brazos terriblemente musculosos. No llevaba armas a la vista.

Octavia agitó blandamente una mano.

—Zelpha, mátalo —ordenó.

* * *

La nuez de Farrar subió y bajó convulsivamente. Aquella mujer era de su misma estatura, o quizá más, e incluso le sobrepasaba unos kilos de peso, pero no había grasa en su cuerpo; sólo músculos y, como supuso, perfectamente entrenados.

Zelpha sonrió aviesamente.

—Con mucho gusto, señora —dijo.

—Procura no derramar sangre —solicitó Octavia con indiferencia.

Y apoyó el codo en el brazo del sillón y la barbilla en la mano, disponiéndose a contemplar la acción de su subordinada.

—Pareces un emperador romano, en el circo —comentó Farrar.

—He bajado el pulgar. Supongo que sabes lo que significa, ¿verdad?

—Demasiado —respondió el joven, con la vista fija en Zelpha. La mujer jugaría sucio, pensó. Debía pagarle con la misma moneda.

Zelpha avanzó hacia él, lentamente, moviendo las manos, rectas, rígidas. De súbito, Farrar agarró la mesa de los licores y se la arrojó con todas sus fuerzas.

Sorprendida, Zelpha no pudo evitar aquel alud de vasos y botellas, al que siguió la mesa inmediatamente. Aquella serie de impactos la derribó al suelo irremisiblemente.

Farrar decidió aprovecharse de la ventaja. Zelpha apartó la mesa de un manotazo y empezó a arrodillarse, para ponerse en pie. Entonces, la puntera de un zapato le golpeó duramente en la mandíbula. La pérdida de conocimiento sobrevino instantáneamente.

Octavia se irguió, sorprendida, con la boca abierta. Un grito de cólera brotó de su garganta.

Pero antes de que pudiera reaccionar, Farrar fue hacia ella y le agarró por un brazo y por el pelo al mismo tiempo. Luego, a tirones, la arrastró hasta el lago, en el que entró hasta que el agua le llegó a medio cuerpo. Entonces, hizo que Octavia se sumergiese bajo la superficie líquida y la tuvo así, pese a sus desesperados espasmos, durante casi un minuto.

Cuando salió, se ahogaba. Apenas podía hablar.

—Suéltame, suéltame... —jadeó.

Farrar volvió a sumergirla. Al salir de nuevo, Octavia estaba completamente derrotada.

—Pero, ¿qué diablos quieres, maldita sea?

—¿Qué es lo que tenía que hacer Durbain con el doctor Tyne? —preguntó el joven, inflexible.

—Yo... quería su fórmula...Suéltame...

—¿Qué fórmula? Contéstame.

—E... el barniz de invisibilidad...

Farrar se quedó atónito.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, te lo juro...

—¿Lo conseguiste?

—Fue un fracaso. No resultó.

Farrar entendió que Octavia era sincera. Lo que, sin embargo, le resultaba incomprensible, era el barniz de invisibilidad. Nunca había oído a su tío mencionar nada semejante. Y ¿para qué servía?

Tras unos segundos de indecisión, salió del agua, sin soltar su presa.

—Te lo haré pagar caro —dijo ella, rabiosa.

Zelpha se levantaba en aquel momento, recobrando el conocimiento. Vio a Farrar y cargó contra él, con la ferocidad de un búfalo irritado. Cerró la mano derecha y se dispuso a descargar un terrible golpe contra la mandíbula del joven.

En el último instante, Farrar hizo un hábil quiebro y, agarrando a Octavia con ambas manos, la interpuso en el camino de aquel puño. Octavia empezó a chillar.

Zelpha consiguió refrenar un tanto la potencia de su golpe, pero no lo suficiente. Alcanzada de lleno en la mandíbula, Octavia se desplomó como un fardo, mientras Farrar lanzaba una alegre carcajada.

La amazona se quedó desconcertada unos instantes. Farrar aprovechó la ocasión y, saltando hacia ella, la derribó de un fenomenal derechazo en la mandíbula. Sin mirar hacia atrás un solo momento, subió al carrito y emprendió el camino de vuelta.

A poco, se encontró con un par de amazonas que hadan la ronda.

—La señora no quiere que se le moleste en media hora —dijo, a la vez que agitaba la mano alegremente.

—Bien, señor —contestó una de las guardianas.

Farrar abandonó la residencia sin ser molestado en absoluto. Una vez en su aeromóvil, pensó en viajar hasta la casa de su tío, para inquirir detalles sobre el barniz de invisibilidad, pero, después de pensárselo a fondo, decidió finalmente que la visita a Lewton Glane, director de la agencia de Servicios Generales, ocupaba el lugar de prioridad entre los asuntos que le interesaban.

CAPITULO VII

La secretaria era de cuerpo generosamente dotado por la naturaleza y ella procuraba vestirse de modo que sus encantos fueran adecuadamente apreciados por quienes la contemplaban. Farrar dio su nombre y expresó los deseos de hablar con el director de la agencia.

—Deberá decirme los motivos de su visita —pidió la secretaria.

— ¡Oh, sí, desde luego! Aquí prestan toda clase de servicios.

— Por supuesto, señor.

—Entonces, dígale a su jefe que quiero comprarla a usted, como esclava.

Ella soltó una risita de complacencia.

—Le costaría muy cara, señor.

—Pagaría la Luna, hecha una bola de oro.

—¿Tanto valgo, señor Farrar?

—Diez lunas de oro.

La secretaria volvió a reír. Luego abrió una puerta, señalada con el rótulo de PRIVADO, y anunció:

—Señor Glane, el señor Farrar.

Lewton Glane se puso en pie para recibir a su visitante.

—Encantado —dijo—. ¿En qué puede serle útil nuestra agencia, señor Farrar?

—Ustedes prestan toda clase de servicios, tengo entendido.

—Desde luego. Cualquier servicio. Claro que depende de la naturaleza del mismo.,.. Me refiero a honorarios, claro.

—O sea, pagando bien, hacen Io que se les pida.

—En efecto, caballero.

—Entonces, dígame, ¿cuánto costaría clausurar esta agencia?

Glane se puso en pie lentamente.

—Salga —ordenó.

—Temo que su actitud está muy equivocada, señor Glane —dijo el joven, impasible.

—Por última vez, le ordeno…

Sin alterarse, Farrar puso encima de la mesa una cajita plana, del tamaño de un paquete de cigarrillos.

—Señor Glane, esto es una grabadora —anunció—. Quiero que quede bien claro que yo le he pedido el servicio de clausurar esta agencia, al precio que me fije, por estimarlo así conveniente para mis asuntos, y que usted se ha negado a ello. Dada su actitud, me veré obligado a presentar esta cinta ante un juez, quien, en vista de su negativa, en contradicción con los términos de la licencia que le fue concedida para dirigir la agencia, ordenará la clausure inmediatamente.

Presionó la tecla de cierre y recogió la grabadora.

—Le ofrecí la paz y usted ha preferido la guerra —añadió—. Buenos días, señor Glane.

El hombre estaba estupefacto. De pronto, lanzó un grito;

—¡Espere, no se marche!

Farrar se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta.

—Sí, señor Glane.

—Está bien. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Celebro su espíritu de cooperación. ¿Qué sabe del barniz de invisibilidad del doctor Tyne?

—¡Una porquería! —contestó Glane despectivamente—. No sirve ni para pintar la barandilla de una escalera!

—Luego admite que… digamos, tomó parte en el robo de la fórmula.

Glane torció el gesto.

—Fue un servicio que nos pidieron —contestó.

—¿Quién?

—La señora Van Kroydt... Bueno, su secretario general, Melvin Cannery.

—Ella no se lo pidió directamente.

—No. Fue el secretario, insisto.

—Y formuló la petición a su amigo Durbain.

—En efecto.

—Pero habló con Durbain. Lo sé positivamente.

—Durbain fue a la residencia de la señora Van Kroydt, por indicación de Cannery, es todo lo que puedo decirle.

Farrar sonrió ampliamente.

—Muy bien, muchas gracias, señor Glane. Aquí le dejo la grabadora, como agradecimiento por su cooperación.

—No vuelva más por mi casa —dijo el sujeto rencorosamente.

—Seguro —rió Farrar.

Al salir al antedespacho, vio a la secretaria inclinada hacia el suelo, de espaldas a él. Sin poder contenerse, paseó la mano por el redondo trasero.

Ella, inclinada todavía, volvió la cabeza un poco y sonrió:

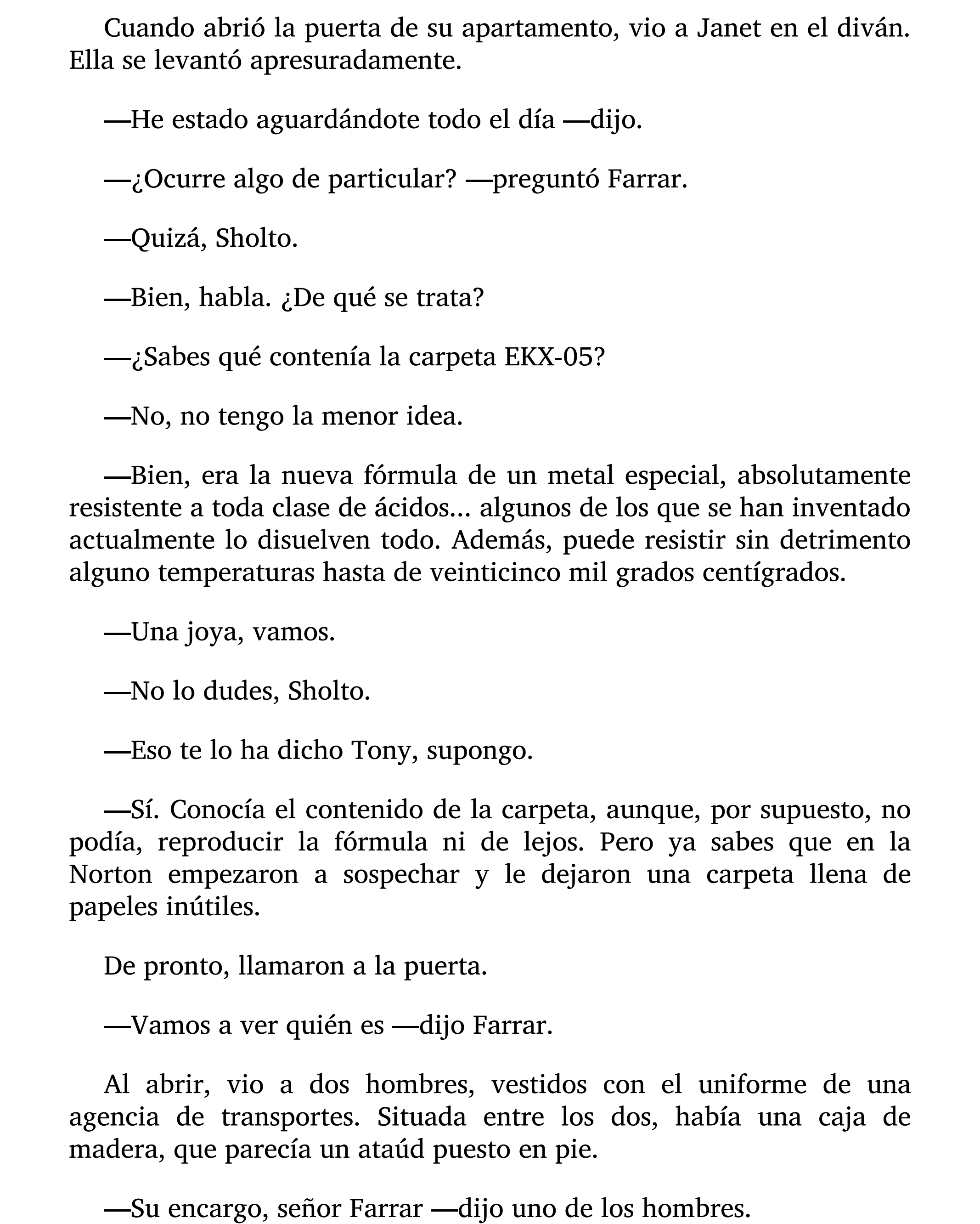
—Me llamo Hilda Brown. Yo también presto toda clase de servicios —dijo, incitante.

—Lo tendré en cuenta y te llamaré un día de éstos.

—No soy muy exigente, salvo en una cosa. Adivina cuál.

—Me lo imagino perfectamente. Repito: pronto tendrás noticias mías.

* * *



Cuando abrió la puerta de su apartamento, vio a Janet en el diván. Ella se levantó apresuradamente.

—He estado aguardándote todo el día —dijo.

—¿Ocurre algo de particular? —preguntó Farrar.

—Quizá, Sholto.

—Bien, habla. ¿De qué se trata?

—¿Sabes qué contenía la carpeta EKX-05?

—No, no tengo la menor idea.

—Bien, era la nueva fórmula de un metal especial, absolutamente resistente a toda clase de ácidos… algunos de los que se han inventado actualmente lo disuelven todo. Además, puede resistir sin detrimento alguno temperaturas hasta de veinticinco mil grados centígrados.

—Una joya, vamos.

—No lo dudes, Sholto.

—Eso te lo ha dicho Tony, supongo.

—Sí. Conocía el contenido de la carpeta, aunque, por supuesto, no podía, reproducir la fórmula ni de lejos. Pero ya sabes que en la Norton empezaron a sospechar y le dejaron una carpeta llena de papeles inútiles.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Vamos a ver quién es —dijo Farrar.

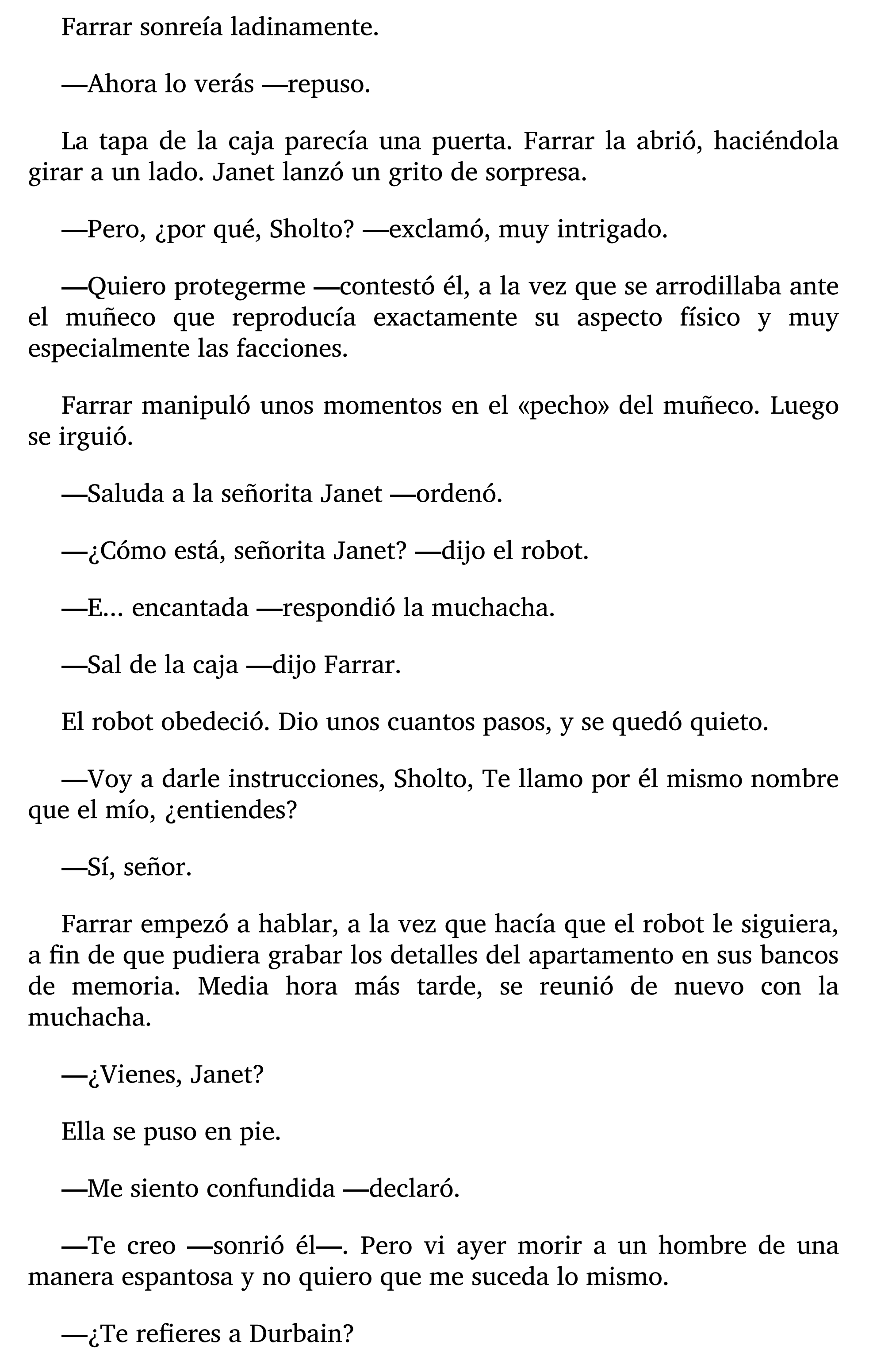
Al abrir, vio a dos hombres, vestidos con el uniforme de una agencia de transportes. Situada entre los dos, había una caja de madera, que parecía un ataúd puesto en pie.

—Su encargo, señor Farrar —dijo uno de los hombres.

—Muy bien, hagan el favor de entrarlo.

La caja quedó vertical, en el centro de la sala. Farrar dio una buena propina a los empleados y cerró la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó Janet.



Farrar sonreía ladinamente.

—Ahora lo verás —repuso.

La tapa de la caja parecía una puerta. Farrar la abrió, haciéndola girar a un lado. Janet lanzó un grito de sorpresa.

—Pero, ¿por qué, Sholto? —exclamó, muy intrigado.

—Quiero protegerme —contestó él, a la vez que se arrodillaba ante el muñeco que reproducía exactamente su aspecto físico y muy especialmente las facciones.

Farrar manipuló unos momentos en el «pecho» del muñeco. Luego se irguió.

—Saluda a la señorita Janet —ordenó.

—¿Cómo está, señorita Janet? —dijo el robot.

—E... encantada —respondió la muchacha.

—Sal de la caja —dijo Farrar.

El robot obedeció. Dio unos cuantos pasos, y se quedó quieto.

—Voy a darle instrucciones, Sholto, Te llamo por él mismo nombre que el mío, ¿entiendes?

—Sí, señor.

Farrar empezó a hablar, a la vez que hacía que el robot le siguiera, a fin de que pudiera grabar los detalles del apartamento en sus bancos de memoria. Media hora más tarde, se reunió de nuevo con la muchacha.

—¿Vienes, Janet?

Ella se puso en pie.

—Me siento confundida —declaró.

—Te creo —sonrió él—. Pero vi ayer morir a un hombre de una manera espantosa y no quiero que me suceda lo mismo.

—¿Te refieres a Durbain?

—Sí.

—Eso se puede evitar, Sholto. Basta con situarse a un lado de la cámara del videófono...

—El videófono no funciona, si no percibe una imagen visual a menos de metro y medio de distancia. Es preciso situarse justamente frente al objetivo o no conseguirás hablar con la persona que hace la llamada.

—Ahora lo recuerdo —contestó ella—. El gobierno obligó a que se montaran esos sensores en todos los videófonos, para evitar conversaciones digamos desagradables.

—Sí, y resultó una precaución muy útil, hasta el día en que alguien descubrió el medio de enviar un chorro de electrones a través de la pantalla. Por eso, si alguien ha de recibir una descarga semejante a la que mató a Durbain, prefiero que sea el robot.

—Entiendo. Y ¿adónde vamos ahora, Sholto?

—A casa del doctor Tyne, a fin de que nos explique en qué consiste el barniz de invisibilidad —respondió Farrar.

* * *

Cuando llegaron a la casa, se encontraron con que el doctor estaba ausente.

—Le aguardaremos —decidió Farrar—. Mientras, iré a la cocina a ver qué hay en el frigorífico.

Echó a andar, pero, de pronto, tropezó con algo. Una voz humana lanzó un sonoro «Ay».

Farrar se detuvo en el acto, completamente desconcertado. A Janet se le salían los ojos de las órbitas.

—Sobrino —dijo el doctor Tyne.

Farrar manoteó en el aire.

—¿Dónde estás, tío? ¡Ah, ya sé lo que pasa...! Tienes micrófonos

disimulados..:

—¡Qué micrófonos ni qué diablos! —contestó Tyne malhumoradamente—, Lo que sucede es que me he vuelto' invisible y no sé cómo recobrar mi apariencia normal.

—Cielos —dijo el joven—. Entonces, conseguiste la fórmula del barniz de invisibilidad.

—No, aquella fórmula estaba equivocada. La maldita computadora, ¿sabes?

—Pero, ¿no estabas trabajando en una especie de antídoto para contrarrestar los efectos de la otra fórmula?

—No hay antídoto, Sholto —dijo Tyne desmayadamente—. Una vez que se inicia la reacción, ya no se puede detener.

—Pues sí que tenemos un bonito panorama —refunfuñó el joven—. No sé cuál de los dos está peor: si la computadora o tú.

—Los dos, hijo, los dos —gimió el invisible científico—. Confieso que resulta agradable volverse invisible, pero sólo durante unos momentos. Luego, eso de no verse siquiera las manos...

Farrar se echó a reír.

—Estás desnudo, tío, supongo.

—Claro, Sholto.

—Entonces, ¿por qué no te vistes? Así, al menos, veríamos algo.

—No, no quiero vestirme. Lo hice antes y... Bueno, me puse un mono y zapatos. Pero, como es lógico, debía dejar al descubierto la cabeza y las manos. No puedes imaginarte lo mal que me sentí al mirarme en el espejo. Sin cabeza, sin manos... Sentí verdadero pánico, créeme.

Janet ocultó una sonrisa.

—Se me ocurre una idea, doctor —manifestó—. Ese barniz de invisibilidad...

—No es tal. Se trata de un brebaje que es preciso ingerir. Y yo me he tomado una dosis muy grande —declaró Tyne afligidamente.

—Bueno, doctor, no es preciso que se lo tome tan a pecho. Por lo que yo sé, no hay droga que se mantenga permanentemente en el cuerpo humano. Tarde o temprano, es eliminada de forma natural.

—Lo sé, pero puede tardar años...

Farrar puso las manos en el costado.

—Tío, ¿cómo eres capaz de embarcarte en semejantes aventuras? —exclamó, muy enojado—. Tratas de buscar un disolvente y encuentras una sustancia capaz de deshacer un planeta. Buscas un barniz de invisibilidad, y produces una pócima que te convierte en una voz tan sólo. Pero no encuentras el remedio adecuado; haces las pruebas, sin preocuparte de las consecuencias. ¿Te parece eso digno de un científico?

—Sholto, no me hagas más reproches. Bastante mal me siento tal como estoy en estos momentos.

—Está bien. Veo que no habrá otro remedio que aguardar a que elimines la pócima de tu organismo. Dime, ¿has oído hablar alguna vez del supermetal de la Norton?

—¿Qué si he oído hablar? —bramó Tyne—. Como que yo fui quien les proporcionó la fórmula. ¿De dónde te crees, si no, que saqué el dinero que te daba para solucionar tus problemas económicos?

—Te pagaron mucho, ¿eh?

—Unos cuantos millones, más una parte de los derechos de explotación. Total, un uno por ciento de los beneficios.

—Por lo visto, la Norton no había iniciado aún la explotación comercial del supermetal.

—Tenían que construir nuevas instalaciones, si querían producirlo en serie. Eso lleva tiempo, Sholto.

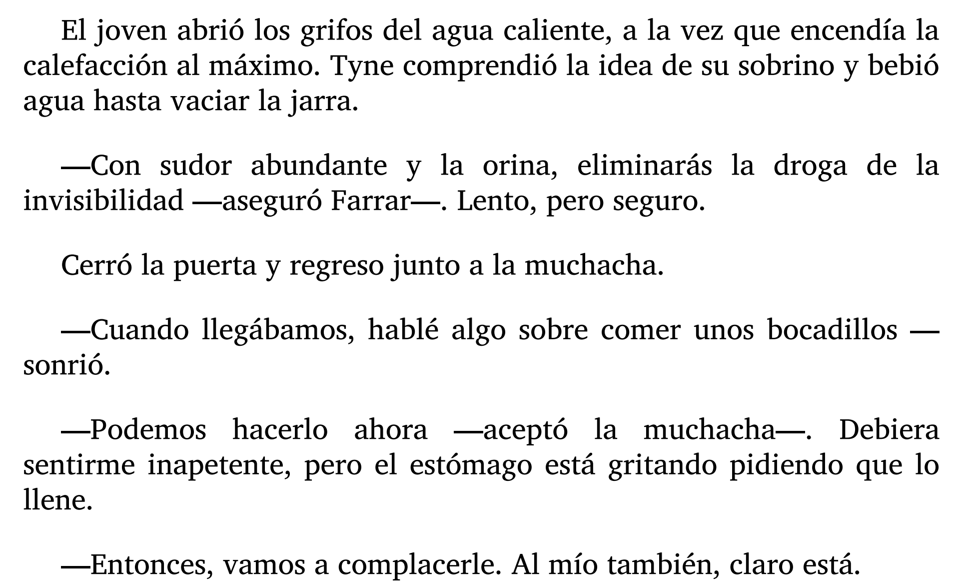
—Está bien, tío. Oye, vamos a ayudarte a que vuelvas a ser visible.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Janet, ¿quieres ir a la cocina y traer una jarra llena de agua?

—Sí —accedió la muchacha.

—Tío, métete en el cuarto de baño —ordenó Farrar.



El joven abrió los grifos del agua caliente, a la vez que encendía la calefacción al máximo. Tyne comprendió la idea de su sobrino y bebió agua hasta vaciar la jarra.

—Con sudor abundante y la orina, eliminarás la droga de la invisibilidad —aseguró Farrar—. Lento, pero seguro.

Cerró la puerta y regreso junto a la muchacha.

—Cuando llegábamos, hablé algo sobre comer unos bocadillos —sonrió.

—Podemos hacerlo ahora —aceptó la muchacha—. Debiera sentirme inapetente, pero el estómago está gritando pidiendo que lo llene.

—Entonces, vamos a complacerle. Al mío también, claro está.

CAPITULO VIII

El hombre abrió la puerta y miró inquisitivamente a Farrar.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Quiero hablar con Melvin Cannery —manifestó el joven—. Me llamo Sholto Farrar.

—Aguarde un momento —dijo el individuo—. Veré si el señor Cannery quiere recibirle.

—Muy bien.

El hombre se marchó, para volver a los pocos momentos.

—Sígame.

Farrar le dio una palmada en el hombro.

—¿Qué hace? —rugió el individuo coléricamente.

—¡Oh!, hago lo mismo que cuando llego a mi casa y mi perro sale a recibirme. Le doy unas palmaditas en los hombros. A usted se lo he hecho porque he podido comprobar que no muerde. Muchas gracias.

El esbirro se quedó con la boca abierta. Farrar llegó ante una

puerta, la abrió y asomó la cabeza al interior.

—¿Se puede?

Melvin Cannery le miró desde su mesa de trabajo. Era un individuo de unos cincuenta años, delgado, de pómulos salientes y escaso pelo, peinado afectadamente. Estaba sentado y no se levantó para recibir al visitante.

—Hable, Farrar —invitó.

—Gracias, señor Cannery. Se trata de su relación con Nickie Durbain.

—No conocía a ese individuo.

Farrar sonrió.

—Debió decir «no lo conozco». Al declarar «no lo conocía», la mentira resulta evidente.

Los amarillos pómulos de Cannery se colorearon vivamente.

—Está bien. Puede convenirme mentir. Usted no es policía ni juez, que yo sepa.

—No, pero me acerco mucho —contestó el joven—. Bueno, háblame de Durbain.

—No tengo nada que decirle, señor Farrar. Ya le he recibido, conozco los motivos de su visita y debo pedirle que se marche. Eso es todo.

—Supongamos que no quiero marcharme —dijo Farrar, desafiante.

Hubo un instante de silencio. Luego, Cannery sonrió de una manera extraña.

—Quizá esté equivocado —dijo—. Es posible que no me convenga que se vaya,

—¿Lo ve? —dijo el joven alegremente—. Hablando, la gente se entien...

Farrar no pudo continuar. El suelo se abrió bajo sus pies y se precipitó en una sima oscurísima.

* * *

El golpe resultó perfectamente soportable. Farrar se imaginó que caería en un sótano y consiguió flexionar las piernas en el momento exacto.

Perdió muy poco tiempo en la contemplación de lo que le rodeaba. Había estanterías con botellas, lo que indicaba los refinados gustos de Cannery, y algún mueble viejo. A la derecha divisó una escalera que conducía a una puerta, de la que supuso estaría construida con recias maderas, cuando no reforzada con alguna plancha de acero. Seguramente, no era la primera vez que Cannery empleaba aquel truco con algún enemigo suyo.

Inmediatamente, echó mano al bolsillo y sacó un tubito de unos quince centímetros de largo, por dos de diámetro. Quitó el tapón y bebió de un trago su contenido.

Inmediatamente, empezó a quitarse la ropa. No llevaba nada de importancia, ni siquiera la documentación personal, de modo que no le importó desprenderse de una blusa, unos pantalones cortos y unos zapatos. Arrojó todo al otro lado de una doble estantería, repleta de botellas y, casi en el mismo instante, percibió un extraño silbido.

Algo chocó contra el suelo, por delante de él, a sus espaldas y a los costados. Alargó las manos y tocó una superficie dura e invisible.

Sonrió para sí. Cannery lo tenía todo previsto, se dijo.

—Menos una cosa —murmuró.

De pronto, oyó un segundo silbido. Levantó la cabeza. Un chorro de gas descendía del techo de la jaula de cristal en que estaba encerrado. La velocidad de descenso del gas era relativamente lenta y pegó la cara al suelo, para llenarse los pulmones de aire.

El aflujo de gas cesó a los pocos momentos. Farrar se preguntó cuánto tiempo podría permanecer sin respirar. Sabía que podía aguantar un par de minutos; recordaba sus experiencias de submarinista, pero en el mar siempre tenía el recurso de emerger a la superficie para respirar.

De pronto, vio que se abría la puerta del sótano.

Levantó la mano derecha y sonrió. Dos hombres, uno de los cuales era el que le había recibido, se encaminaron hacia la jaula. Repentinamente, se detuvieron, con la estupefacción pintada en el rostro.

— ¡No está! —gritó uno.

—¿Dónde diablos se ha metido? —exclamó el otro.

El primero se precipitó hacia el teléfono interior que había en una de las paredes.

—¡Señor Cannery! ¡Farrar no está en el sótano!

—Estúpido. Tiene que estar; cayó por la trampa...

—Le digo que no está, señor.

—Mira bien; se habrá escondido detrás de alguna de las estanterías.

El hombre echó a correr, tan precipitadamente, que no pudo evitar el choque con la jaula transparente, la cual se volcó en el acto con gran estrépito. Lanzando mil maldiciones, con la mano en la nariz, siguió su carrera, mientras Farrar, a gatas, salía de su encierro, respirando afanosamente el aire puro.

—Aquí están sus ropas —chilló el sujeto.

Y, en el mismo instante, la puerta se cerró de golpe. A continuación, se oyó el ruido de la llave que giraba en la cerradura.

Cannery salía en aquel momento de su despacho y corrió hacia el sótano. .Farrar se cruzó con él. Le sacó la lengua, aun a sabiendas de que no iba a verle el gesto. A sus espaldas sonó una maldición; Cannery forcejeaba con la cerradura, cuya llave faltaba de su sitio. De pronto, la vio brillar debajo de un canapé y tuvo que ponerse a gatas para recuperarla.

Mientras, Farrar entraba en el despacho de Cannery y empezaba a revisar los papeles que había sobre la mesa. Al cabo de unos minutos, oyó voces en el vestíbulo.

—Su aeromóvil está todavía aquí —gritó alguien.

—Corta los cables de contacto. Si él sigue en la casa, no podrá escapar luego —dijo Cannery.

De pronto, Farrar encontró en una agenda de anotaciones algo que le pareció interesante: Camp Happiness, 12-6.

El nombre le resultaba desconocido, pero la fecha resultaba altamente reveladora. Farrar guardó el dato en su memoria y salió de detrás de la mesa, en el momento en que se abría de nuevo la puerta del despacho.

—Es preciso registrar la casa a fondo —ordenó Cannery—. Y esta vez, no quiero bromas; el primero que le vea, que acabe con él.

—Sí, señor —contestaron los esbirros a dúo.

Cannery llegó a su mesa y sacó una pistola. Farrar había salido ya y se encaminaba hacia la explanada.

Además del suyo, había dos aeromóviles, en ninguno de los cuales había llave de contacto. Resignado, se dispuso a hacer lo único que podía en aquellos momentos: regresar a pie.

Durante un buen rato, alternó la marcha al paso con la marcha gimnástica. Por fortuna, el tiempo era excelente y no sentía frío, sino todo lo contrario.

Una hora más tarde, entró en la ciudad y alivió su fatiga en una acera deslizante. De repente, oyó a su derecha un agudo chillido.

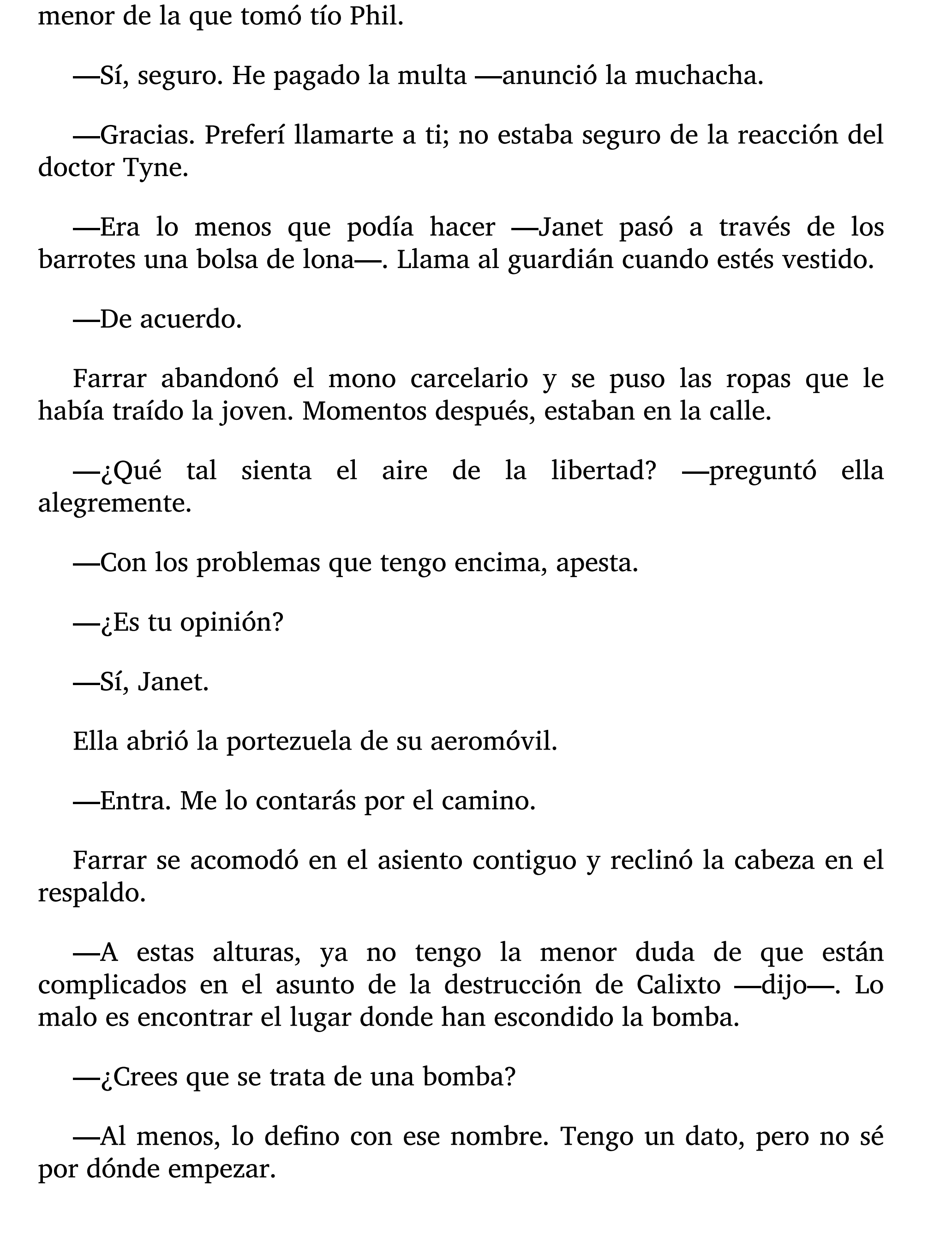
Una mujer de edad, con lentes, le contemplaba estupefacta e indignada al mismo tiempo.

—Pero, ¡qué desvergüenza! ¡Adonde hemos ido a parar! —se lamentó la mujer—, ¡Socorro! ¡Guardias! —empezó a chillar de pronto.

Hubo un alboroto mayúsculo. Farrar se dio cuenta demasiado tarde de que había eliminado por el sudor la droga de la invisibilidad y que ahora podía ser visto por cualquiera.

Un aeromóvil de patrulla apareció casi en el acto. Farrar se resignó a ser arrestado por inmoral.

* * *



Janet apareció ante la reja y se echó a reír.

—Pareces una gallina mojada —dijo.

—Eliminé la droga antes de lo que pensaba. O quizá la dosis era menor de la que tomó tío Phil.

—Sí, seguro. He pagado la multa —anunció la muchacha.

—Gracias. Preferí llamarte a ti; no estaba seguro de la reacción del doctor Tyne.

—Era lo menos que podía hacer —Janet pasó a través de los barrotes una bolsa de lona—. Llama al guardián cuando estés vestido.

—De acuerdo.

Farrar abandonó el mono carcelario y se puso las ropas que le había traído la joven. Momentos después, estaban en la calle.

—¿Qué tal sienta el aire de la libertad? —preguntó ella alegremente.

—Con los problemas que tengo encima, apesta.

—¿Es tu opinión?

—Sí, Janet.

Ella abrió la portezuela de su aeromóvil.

—Entra. Me lo contarás por el camino.

Farrar se acomodó en el asiento contiguo y reclinó la cabeza en el respaldo.

—A estas alturas, ya no tengo la menor duda de que están complicados en el asunto de la destrucción de Calixto —dijo—. Lo malo es encontrar el lugar donde han escondido la bomba.

—¿Crees que se trata de una bomba?

—Al menos, lo defino con ese nombre. Tengo un dato, pero no sé por dónde empezar.

—Dímelo, quizá yo pueda ayudarte.

—¿Conoces algún lugar llamado Camp Happiness?

Janet meditó unos instantes. Al fin, sacudió la cabeza.

—No —respondió—. Nunca lo he oído.

—Habrá que buscarlo. Tengo la sospecha de que es en ese sitio donde está la bomba.

—De acuerdo, pero, por favor, dime una cosa. Supongamos que la encuentras. ¿Cómo la inutilizarás?

—¡Oh, es sencillo! La reacción descohesionadora no se inicia hasta que se ha producido una chispa eléctrica de determinada intensidad. El amperaje tiene que ser de una absoluta exactitud; una centésima de amperio, en más o en menos, deja la sustancia completamente inerte. Tal como está en estos momentos.

—O sea, es preciso encontrar la bomba y destruir el sistema eléctrico.

—Exactamente.

—La bomba, con toda seguridad, será de dimensiones relativamente reducidas.

—Se necesitan unos cinco kilos de materia descohesionable que, además, es muy densa, lo cual quiere decir que ocupa un espacio mínimo. Tío Phil dice que su densidad es superior a la del mercurio. Eso significa un volumen muy pequeño, aproximadamente un cubo de siete centímetros de lado. Comprenderás que puede esconderse sin dificultad en cualquier parte.

—Vivimos en un planeta muy pequeño. Se puede encontrar fácilmente —dijo Janet con amargo humorismo.

Callaron unos momentos. Luego ella dijo:

—¿Tienes que ir a alguna parte, Sholto?

—No. Déjame en casa, por favor.

—De acuerdo. Se me ha ocurrido una idea... Camp Happiness parece nombre de algún lugar de recreo. Si no te importa, investigaré en ese sentido.

—Muy bien pensado —accedió él.

CAPITULO IX

Farrar entró en el apartamento. Su robot salió a recibirle.

—¿Alguna novedad, Sholto?

—Ninguna, señor. ¿Desea que haga algo?

—Sí. Prepárame una buena cena. Tenla lista para cuando salga del baño; dentro de treinta minutos.

—Sí, señor.

Cuando terminó de cenar, se sintió algo más optimista. La fecha señalada por Shylock estaba ya muy próxima, pero tenía el presentimiento de que lograría encontrar la bomba antes de que fuese demasiado tarde.

De pronto, sonó el zumbido del videófono. El robot, siguiendo instrucciones, se colocó delante del aparato.

Un rostro de mujer apareció al momento en la pantalla.

—¿Me recuerda, señor Farrar?

—Sholto, apártate —ordenó el joven—. ¿Qué tal, Hilda?

La secretaria de Glane lo miró con ojos de pasmo.

—¿Es su hermano gemelo? —preguntó.

—El segundo. Somos sextillizos —contestó Farrar alegremente.

—Menudos problemas para su madre —exclamó Hilda—. Oiga, tengo algo importante que decirle.

—Entonces, adelante...

—Personalmente, señor Farrar.

El joven sonrió. La expresión de Hilda era inconfundible.

—¿Aquí o en tu casa?

—Mejor en la suya, si manda a su hermano a la calle.

—No te preocupes por él. Ven cuando quieras.

—Diez minutos —dijo Hilda.

Farrar cortó la comunicación. Se preguntó qué tenía que decirle la secretaria de Glane. Un tanto receloso, se preparó para que Hilda fuese sincera.

Un minuto después, volvió a sonar el videófono. El robot, de costumbre, se situó frente al aparato.

Alguien dijo:

«¡Farrar, buen viaje al infierno!»

Un deslumbrante rayo de luz partió de la pantalla y alcanzó de lleno el pecho del robot, que empezó, a humear de inmediato. Farrar lo contempló con ojos críticos.

Había reconocido la voz. Le daría una sorpresa, se dijo, sin preocuparse por el hecho de que el robot continuase todavía en píe, aunque con la mayor parte de sus mecanismos internos convertidos en cenizas humeantes. El autor del disparo de electrones, perdía la visión también en el momento de la descarga.

Los dos videófonos quedaban inutilizados. Pero Cannery tendría alguno de repuesto, a fin de no llamar la atención de la compañía que prestaba el servicio. El tendría que llamar, para que le pusieran uno nuevo.

Pero no tenía prisa alguna.

Hilda fue puntual. Farrar la contempló en el umbral, espectacularmente ataviada con algo que quería ser una blusa y unos pantalones cortos, que amenazaban explotar en cualquier momento. La parte delantera de la blusa apenas si cubría los Senos exuberantes.

—Entra —invitó, sonriendo.

Hilda avanzó unos pasos y se volvió hacia él.

—Me has caído simpático —dijo.

—¿De veras?

—Escuché todo lo que hablabas con mi jefe.

—Curiosa.

—El me dice que lo haga siempre que llega un desconocido, al menos, en la primera ocasión.

—Y grabas la conversación.

—Sí. No sabes cuánto me reí después. Glane quitó la cinta de tu grabadora y bailó encima un zapateado.

Farrar le entregó un vaso. Luego levanté el suyo.

—Vamos a brindar por una chica amable, que presta toda clase de servicios —dijo.

—Gratuitamente, no —puntualizó Hilda.

—¿Cual es el importe de tus servicios?

—Te lo diré más tarde. A veces, hago excepciones, si el cliente es de mi agrado.

De pronto, miró el vaso.

—Está un poco fuerte, ¿no?

Le añadiré un par de cubitos de hielo —dijo Farrar.

—No, déjalo, así está bien.

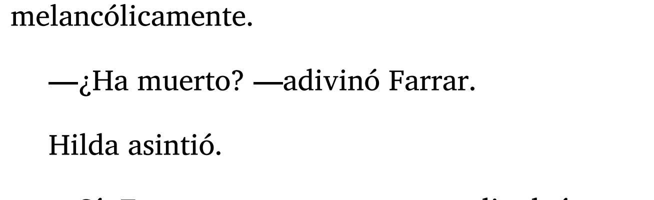
Hilda fue hasta el diván y se sentó en él, cruzando las piernas espectacularmente.

—He oído cosas —dijo—. Muchas cosas. El sueldo en la oficina es bueno y yo no tengo ninguna responsabilidad con lo que sucede allí. Pero en esta ocasión, creo que Glane se ha pasado de rosca.

Farrar continuaba en pie.

—¿De qué se trata?

—Verás, hace algunos meses, dos de los... empleados, salieron de viaje. Uno de ellos, Tom Bernell, era buen amigo. Le apreciaba mucho. Quizá hubiéramos llegado a... —Hilda sacudió la cabeza—. No vale pensar en lo que no ha podido ser —añadió



melancólicamente.

—¿Ha muerto? —adivinó Farrar.

Hilda asintió.

—Sí. Fue una muerte que no se divulgó, como la de su compañero Hunny Leck. Les encomendaron un trabajo y recibieron una paga extra, algo fuera de serie. Medio millón para cada uno. Tom, a pesar de todo, era hombre prevenido y me nombró su heredera. Claro que con los impuestos sobre la herencia, el medio millón se ha reducido casi en un noventa por ciento.

—Sí, los impuestos son atroces —reconoció Farrar—. ¿Y bien?

—Tom y Hunny partieron de la Tierra en una astronave muy veloz, en realidad, un astroyate que antes había tenido el nombre de *Sweet Star IV*. Para ese viaje, le cambiaron el nombre y le pusieron el mío. El cambio se hizo con toda legalidad y Tom quedó figurando como propietario. Pasamos juntos la noche antes de su partida. En sueños, Tom mencionó el nombre de Calixto.

—Creo que voy comprendiendo. Sigue, Hilda.

—Bueno, él se fue de viaje y a las pocas semanas, recibimos un informe de las patrullas del espacio. La *Hilda Brown* había tropezado con un meteorito. Sus dos tripulantes habían perecido en la colisión. El astroyate quedó reducido a menudos fragmentos, al estallar los generadores, como consecuencia del impacto.

El vaso de Hilda estaba vacío. Farrar volvió a llenarlo. Ahora no había ninguna droga. Hilda había hablado con absoluta sinceridad; no se trataba de una trampa:

—Necesitas otro trago —sonrió.

—Este parece más suave —observó ella.

—Es que te has acostumbrado —mintió Farrar.

—Bueno, ya lo sabes todo, Sholto.

—Hilda, gracias.

Ella le miró críticamente.

—¿Sólo «gracias»?

—Hilda, iba a decirte una cosa, pero temo que te enfades.

—Anda, atrévete —sonrió la joven.

—Esa blusa que llevas no me gusta nada.

Hilda se la quitó instantáneamente.

—¿Y así?

Se había puesto en pie y avanzaba retadoramente los senos protuberantes.

—Todavía llevas algo que sigue sin gustarme —dijo él.

Hilda avanzó unos pasos y se colgó del cuello.

—Tienes que quitármelo tú —pidió ardorosamente.

Farrar accedió, encantado.

* * *

Hilda se marchó después del desayuno, que ella preparó personalmente. Cuando se disponía a salir, Farrar dijo:

—Olvidas algo, hermosa.

Ella se volvió.

—No creo —contestó.

—La minuta de tus honorarios.

Hilda le besó suavemente.

—Estoy más que pagada —afirmó—. Créeme, me hiciste muy feliz y, sobre todo, supe ver que, pase lo que pase, la vida tiene que seguir.

—Eso sí es cierto —convino Farrar—. Pero se me ocurre una cosa.

—¿Qué es, Sholto?

—Quizá no te convenga volver a Servicios Generales.

— ¡Oh!, me despedí ayer precisamente —contestó ella con desenvoltura.

Farrar se quedó solo. Puso los cacharros del desayuno en la máquina y se preparó para salir.

—Oye, ¿quién era la chica con la que me he cruzado?

Farrar se volvió.

—¿La has visto?

—Sí. Por cierto, tenía unas ojeras espantosas —Janet le miró con suspicacia—. Son las ojeras propias de… de una noche agitada.

—¿Tienes mucha experiencia de noches agitadas?

Janet levantó la mano y le arreó una tremenda bofetada. Farrar, sorprendido, trastabilló hasta caer sobre el diván.

—Pegas duro —se quejó—. Claro que fuiste una amazona muy bien entrenada de la señora Van Kroydt.

Ella se mordió los labios.

—Dispénsame, no he podido contenerme —se disculpó.

—No te preocupes, ya se me ha pasado.

—Tú ayudaste a mi hermano y yo… Parece que no poseo la virtud del agradecimiento.

—En cambio, eres muy guapa. Janet, ¿tenías algo que decirme?

—No he dado con Camp Happiness.

—Tenemos tiempo, mujer.

—No demasiado. Ya sólo faltan seis días.

—Para la entrega de los doce mil millones. Luego, Shylock querrá cerciorarse de que va a poder disfrutarlos sin temor a represalias.

—¿Cómo, Sholto?

—Eso es algo que hay que averiguar todavía. De momento, puedo decirte una cosa: esa chica que se ha cruzado contigo, ha confirmado

mis sospechas: Shylock es Octavia Van Kroydt.

Janet abrió los ojos desmesuradamente.

—Su fortuna es diez veces superior a la suma exigida —exclamó.

—Eso es lo que dicen todos. Pero, ¿quién lo ha comprobado?

—Sholto, el mantenimiento de su residencia, con los gastos de personal y demás, sube a cuatrocientos mil escudos diarios, doce millones al mes...

—Y ciento cuarenta y cuatro al año —dijo él, impasible—. Pero también debe de tener más gastos por otra parte.

—¿Cuál, Sholto?

—Eso es lo que pienso averiguar.

—Me gustaría que me dijeses cómo lo harás.

Farrar sonrió.

—Quizá le pida a tío Phil otra dosis de su trabajo de invisibilidad.

—Para usarlo, ¿dónde?

Farrar sonrió maliciosamente.

—Te lo diré si tomas una dosis idéntica.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, no me vas a ver... ¿Vamos ya?

De pronto, Janet pareció darse cuenta de una cosa.

—¿Dónde está el robot? —preguntó.

—Camino de la chatarrería —respondió Farrar.

Ella comprendió en el acto.

—Lo intentaron, ¿eh?

—Cannery —puntualizó él.

—¿Le viste la cara?

—Tiene una voz inconfundible. ¿Vamos a ver tío Phil?

—Sí, encantada.

* * *

E1 doctor Tyne se encrespó al conocer la petición de sus sobrinos.

—Te di una dosis ayer...

—Eso fue anteayer, tío. Ahora necesitamos dos dosis y dobles, además.

—¿Vais a asaltar un Banco?

—Janet, no sería mala idea, ¿verdad? —sonrió Farrar.

—Estoy sin blanca —dijo la chica, siguiéndole la corriente.

—Lo que estáis es locos de remate —refunfuñó Tyne.

—Tú sí estás loco, tío —le apostrofó el joven—. ¡Mira que inventar una sustancia que es capaz de destruir la Tierra!

—Bueno, yo buscaba...

—¿Qué es lo que buscabas?

—No quiero decirlo. Vamos, seguidme; os voy a preparar la dosis de invisibilidad.

Tyne manipuló unos minutos en el laboratorio, con una serie de frascos y vasijas de diversas clases, hasta conseguir medio litro de un líquido ambarino, completamente transparente. Vertió la mitad en cada uno de los dos vasos que había preparado y se los entregó a la pareja.

—Esta dosis durará veinticuatro horas —afirmó.

—Magnífico, tío; nos sobra la mitad del tiempo.

Farrar vació su vaso de un trago. Janet lo tomó en varios sorbos.

Pasaron cinco minutos. De pronto, Tyne se puso la mano ante los

ojos.

—No lo puedo soportar —dijo—. No puedo soportar unas ropas sin cuerpo.

Farrar se echó a reír.

—Janet, podemos desnudamos —dijo.

Las ropas cayeron al suelo. Farrar tanteó con las dos manos, hasta tropezar con algo redondo y turgente.

—¡Cuidado! —chilló Janet—, ¡Ahí, no!

—Eso ya está mejor. Adiós, doctor.

—Suerte, muchachos.

CAPITULO X

Era evidente que Cannery había reforzado la vigilancia de su casa. Farrar divisó a dos sujetos ante la puerta, armados hasta los dientes. Ninguno de ellos pudo ver a la pareja, que se colocaba en el interior de la mansión sin la menor dificultad.

Los otros dos sujetos estaban en el vestíbulo. De pronto, se abrió la puerta del despacho y apareció Cannery.

—Voy a salir —anunció.

—Sí, señor —contestó uno de los esbirros.

Cannery cruzó el vestíbulo con paso rápido y salió de la casa. Caminando en dirección opuesta, Farrar y la muchacha entraron en el despacho.

—¿Qué es lo que piensas buscar? —preguntó ella en voz baja.

Farrar se dirigió en primer lugar a un armario de roble tallado, cuya puerta abrió sin vacilar. En uno de los estantes interiores divisó unos libros de tapas negras, con cantoneras rojas.

—No es muy cuidadoso que digamos —comentó.

Sacó uno de los libros, lo llevó hasta la mesa y empezó a hojearlo

rápidamente. Al cabo de varios minutos, lanzó una exclamación:

—¡Mira, Janet!

—Lo siento, pero no entiendo nada de cuentas comerciales...

—Bien, entonces debes saber que la Van Kroydt Tools & Supplies, una de las empresas más fuertes, fue malvendida sin conocimiento de los accionistas, a los que se hizo saber unas pérdidas funestas, que habían obligado a la disolución de la empresa. Hicieron trampa, ¿sabes?

—Sholto, ¿cómo es posible una cosa semejante? —preguntó Janet.

—Mediante trucos legales, con la ayuda de buenos pero inescrupulosos abogados, los cuales, como es lógico, percibirían unas minutas astronómicas.

—Bueno, pero no es posible llegar a esa situación sin un motivo muy poderoso.

—Especulaciones en Bolsa, por ejemplo. Quisieron apoderarse de otras empresas, haciendo bajar sus acciones, pero no lo consiguieron y perdieron sumas enormes. Y esto es sólo un ejemplo, Janet.

—Lo cual significa que Octavia está arruinada.

—Para lo que tenía, sí; en comparación con nosotros, es aún una mujer muy rica. Pero el gasto de su residencia le tiene que resultar ya insoportable.

—Creo que voy comprendiendo. Sin duda, su último esfuerzo fue conseguir el supermetal de la Norton.

—Exactamente.

Callaron unos momentos. Farrar seguía pasando hojas del libro. De repente, Janet lanzó un agudo chillido:

— ¡Sholto! Nos estamos volviendo visibles.

Farrar lanzó una maldición.

—¡Condenado tío Phil! No se puede confiar en él para nada —gruñó.

Janet recobraba su corporeidad con enorme rapidez. De súbito, se

oyó una voz en la puerta:

—Ahora comprendo el método que usó para escapar el otro día, señor Farrar —dijo Cannery desde la puerta.

Avanzó un par de pasos más. Detrás de él, surgieron dos de sus esbirros, empuñando sendas pistolas lanzadardos.

* * *

Durante unos segundos, sólo hubo silencio. De pronto, Cannery soltó una risita.

—La verdad, nunca había visto una mujer tan hermosa como usted, Janet.

La muchacha se sonrojó violentamente. Agarró un par de libros y se cubrió el cuerpo en parte.

—No se preocupe —dijo—. Dentro de unos minutos, su desnudez, le importará menos que la suerte que va a correr.

—Piensa matarnos, supongo —intervino Farrar.

—¿Lo duda? —dijo Cannery.

—No. ¿Aquí?

Cannery hizo un gesto negativo.

—Detesto la efusión de sangre —declaró.

— ¡Qué humanitario! —comentó el joven burlonamente—. Dígame, ¿cómo ha vuelto tan pronto?

—Olvidó usted que la invisibilidad puede serlo para el ojo humano, pero no para los detectores térmicos. Su cuerpo, se vea o no, sigue desprendiendo calor.

—Entiendo. Un sistema muy eficaz y nada ruidoso.

—En efecto. Supe que estaban aquí, antes de que llegaran a la puerta de la casa. Entonces, decidí… como se dice vulgarmente, darles

soga.

—Sí, y nosotros mismos nos hemos ahorcado. ¿Cuál es el sistema que piensa emplear, Cannery?

—Lo sabrán en seguida.

Cannery hizo una señal con la mano. Uno de sus esbirros avanzó hacia la pareja, con dos pares de esposas en las manos. Momentos después, Farrar y la muchacha quedaban amanillados.

—Ahora, vamos fuera; terminaré de explicarles mi plan para su eliminación definitiva. Esta vez —añadió Cannery malignamente—, no habrá un robot en el lugar de usted, Farrar.

—Y, además, tendré compañía.

—¿No se siente contento? Lleva usted al lado una chica muy guapa.

—¿Has oído, Janet? —dijo el joven de buen humor—. Se refiere a ti.

—Puede ahorrarse los elogios —contestó ella hoscamente.

Cannery extendió una mano.

—Por favor…

Momentos después, se hallaban en la explanada de la casa. Cannery señaló un aeromóvil.

—Es el suyo, Farrar, el que abandonó el otro día, cuando huyó tan precipitadamente… y tan inteligentemente, porque no supimos verlo. ¿Cómo lo hizo?

—Me había vuelto invisible —contestó el joven.

—De modo que era eso —murmuró Cannery—. ¿Cómo lo hizo, Farrar?

—Simplemente, lo deseé.

—No se burle de mí. Eso es imposible.

—Mire, dejémonos de charlas y acabemos de una vez. ¿Cómo piensa matarnos?

—Se lo diré en seguida. El Atlántico está a pocos kilómetros de distancia. El aeromóvil despegará, con ustedes a bordo, y volará directamente hacia el océano, con el rumbo programado de antemano. A unos veinticinco kilómetros de la costa, empezará a perder altura y acabará hundiéndose en el mar. Será un accidente lamentable, claro —dijo Cannery riendo demoníacamente.

Hizo una señal con la mano y sus esbirros empujaron la pareja hacia el vehículo. Momentos después, Farrar y la muchacha quedaban sujetos a los dos asientos delanteros.

Cannery se asomó a la ventanilla.

—El vuelo ha sido programado de tal manera, que el contacto con el agua se haga con la mayor suavidad posible. ¿Entienden lo que quiero decirles?

— ¡Sádico! —le apostrofó la muchacha.

Cannery sonrió.

—Voy a disfrutar mucho, pensando en la agonía de los dos —dijo.

—Seguro —murmuró Farrar.

—¡Ah! y aunque consiguieran soltarse, no evitarían la caída del aeromóvil. Los mandos están bloqueados. Quieran o no, se hundirán en el océano.

Farrar hizo un gesto de aquiescencia.

—Como condenado a muerte, ¿puedo pedirle un último favor? —solicitó.

—Claro, eso no cuesta nada —accedió Cannery.

—Haga el favor de enviar mis saludos a Arquímedes.

—¿Quién es ese individuo?

—Un personaje muy famoso, tanto, que figura en la enciclopedia universal, segundo tomo, *AM a AZ.* Allí indica también su dirección. ¿Lo hará?

—Muera tranquilo, Farrar.

Cannery alargó la mano y presionó la tecla de contacto. El

aeromóvil se elevó de inmediato.

* * *

Durante unos minutos, sólo hubo silencio en la cabina del aparato. De repente, Janet empezó a forcejear.

—Voy a ver si consigo...

—Es inútil, no te molestes —dijo él plácidamente.

—¿Cómo puedes estar así, tan flemático, sabiendo que dentro de unos minutos vamos a hundirnos en el mar? —se enojó la muchacha.

Farrar se volvió en el asiento y sonrió.

—La verdad es que tienes una figura terriblemente atractiva —dijo —. Me gustaría poder decírtelo en mejor ocasión.

—Ya no podrás hacerlo —contestó ella—. De todas formas, muchas gracias.

—Janet, acerca un poco la cabeza.

Ella hizo un esfuerzo. Farrar estiró el cuello y la besó en los labios.

—Creí que ibas a hacer otra cosa —se sorprendió la joven.

—No soy un mago —contestó él—. Si Cannery hubiera utilizado cuerdas, podríamos haberlas cortado con los dientes. Con las esposas, es imposible.

—Sholto, no va a ser una muerte muy agradable —dijo ella.

—No vamos a morir, encanto.

Janet inspiró profundamente.

—Hay cosas con las que no se debe bromear, en determinados momentos—dijo áridamente.

—Hablo en serio, preciosa. No vamos a morir.

El aeromóvil había dejado atrás la costa. Ahora volaban por

encima del Océano. Un par de minutos más tarde, el aparato inició un suave descenso.

—Cannery ha dicho que los mandos están bloqueados. No todos —sonrió Farrar.

—¿Qué quieres decir?

—Haz un esfuerzo y presiona la tecla de ascenso del cristal de tu lado, para cerrarlo.

Janet obedeció la indicación del joven. Farrar hizo lo mismo. El aeromóvil se hallaba ya a menos de treinta metros del mar, cuya superficie aparecía bastante tranquila.

A los pocos momentos, el aparato tocó las aguas. Janet contuvo la respiración instintivamente. Pareció que el aeromóvil iba a hundirse, pero, al fin se estabilizó, cuando el agua llegaba ya a la mitad de la altura de los cristales de las ventanillas.

—Lo ha hecho mi amigo Arquímedes —dijo Farrar placenteramente.

Janet le miró estupefacta.

—Te arregló el aeromóvil.

—Sí, hace unos dos mil cuatrocientos años, en Siracusa. ¿o es que no te acuerdas ya del principio de Arquímedes?

De pronto, ella rompió a reír.

—¡Oh, Sholto...! ¿Cómo no se me habrá ocurrido recordarlo antes? «Todo cuerpo sumergido total o parcialmente en un líquido, pierde una cantidad de peso, equivalente a la del volumen del líquido que desaloja. ¿No es éste el principio de Arquímedes?

—Justamente, encanto.

—Y Cannery no lo supo ver...

—Se olvidó de bloquear el mando eléctrico de las ventanillas. De otro modo, sí, nos hubiéramos hundido.

—Pero ahora puede...

De repente, algo golpeó uno de los cristales. Janet volvió la cabeza

y vio un rostro conocido.

—¡Tony! —gritó.

Farrar bajó un centímetro el cristal de su lado. El hermano de Janet estaba arrodillado sobre la proa del aparato, a veces barrida por las olas.

—Tenemos puestos los cinturones y no podemos soltarnos, Tony —gritó.

—Está bien, voy a entrar —dijo el muchacho.

Tony se deslizó a través de la salida de emergencia, situada en el techo del vehículo. Soltó los atalajes de seguridad y ayudó a los dos jóvenes a salir de la cabina.

El aeromóvil de Tony flotaba en el aire, a un par de metros de altura, manteniéndose inmóvil, por medio de los controles automáticos. Una escalera pendía de la portezuela.

—Tengo ropas —dijo Tony.

Janet trepó con toda rapidez por la escalera. De pronto, Farrar concibió una idea.

—Aguarda un momento, Tony.

Volvió al aeromóvil, con las naturales dificultades, y abrió por completo las dos ventanillas. El agua empezó a entrar por los huecos.

—Cannery quería que nos hundiésemos y le daremos gusto— sonrió, mientras efectuaba el transbordo.

Janet estaba ya en el otro aparato, cubierto el cuerpo por delante con una manta.

—Mientras tenga las manos atadas, no puedo vestirme —declaró—, Pero ¿cómo has llegado tan oportunamente, Tony?

—Sholto me ordenó que os siguiera a prudente distancia —contestó el muchacho—. Claro que no os veía en un principio, pero luego... ¿Qué pasó, Janet?

—Pregúntaselo a Sholto —contestó ella amargamente.

—Mi tío tiene un cerebro privilegiado, pero también una

irreprimible propensión a equivocarse —contestó Farrar—. Espero que en su laboratorio encontremos las herramientas necesarias para quitarnos estas incomodísimas pulseras de acero —añadió.

* * *

Durante un buen rato, Cannery se entregó a su trabajo. Las cosas no marchaban bien, era preciso reconocerlo. Si no se arreglaban pronto... Menos mal, se dijo, que Farrar y la chica habían sido eliminados. Realmente, eran el único factor en contra. Ahora todo se deslizaría como la seda, pensó, satisfecho.

De repente, se acordó de Arquímedes. Tenía que darle un mensaje de parte de Farrar. Cannery se acarició el mentón. Quizá aquel amigo de Farrar podía resultar otro obstáculo. En tal caso, sería preciso eliminarlo.

Se preguntó quién podría ser el tal Arquímedes, capaz de figurar en la Enciclopedia Universal. De pronto, se levantó y se fue a una de las estanterías, de la que extrajo el segundo tomo.

Pasó las páginas, encontró el nombre deseado y empezó a leer. Un minuto después, lanzaba un atroz rugido de ira.

—¡Maldito, maldito!

Lanzó el libro a un rincón y salió a la carrera del despacho.

--¡Vamos! —rugió, a sus estupefactos secuaces—. Es preciso que demos alcance al aeromóvil de Farrar.

—Pero se habrá hundido ya, jefe —alegó uno de los guardaespaldas.

—¡No, no se ha hundido! ¡Está flotando en el mar!

Y, para no quedar como un tonto delante de sus esbirros, omitió citar el descuido de no inutilizar también el mando de subida y bajada de los cristales de las ventanillas. Farrar lo habría hecho y ahora estaría tranquilamente, a bordo de lo que se había convertido en una nave marina, esperando que alguien acudiera a rescatarles. El llegaría antes y tendría el inmenso placer de provocar el hundimiento del

aeromóvil.

—Y así se habrán acabado nuestros problemas —murmuró, mientras el aeromóvil en que viajaba, junto con dos de sus guardaespaldas, levantaba el vuelo a toda velocidad.

CAPITULO XI

La sierra eléctrica mordió el acero como si fuese mantequilla y las muñecas de Janet quedaron libres. Inmediatamente, Janet echó a correr.

—Voy a vestirme —anunció.

Tyne se sentía estupefacto.

—No comprendo en qué pude haberme equivocado —manifestó, mientras Tony repetía la operación con Farrar.

—Seguramente, le echaste demasiada agua a la pócima —dijo el joven.

—Quizá tengas razón, sobrino. En los últimos tiempos, mi cabeza no rige del todo bien. Demasiado trabajo, ¿comprendes?

—A ti lo que te conviene es distracción y yo voy a proporcionártela inmediatamente.

—Listo —dijo Tony minutos más tarde.

Farrar se encaminó al videófono, todavía desnudo, y marcó una serie de cifras. A los pocos momentos, vio en la pantalla el rostro malicioso de Hilda Brown.

—Sholto, encanto —dijo la joven.

—Hilda, anota esta dirección —exclamó Farrar—. Necesito que vengas inmediatamente.

—Muy bien, lo que tú digas.

Hilda prometió acudir lo antes posible. A continuación, Farrar se volvió hacia el doctor Tyne.

—En cuanto llegue esa dama, te irás con ella durante unas cuantas

semanas y te olvidarás absolutamente de todos tus trabajos. Deja que nosotros nos encarguemos del asunto, ¿eh?

—Como quieras, sobrino —respondió Tyne compungidamente.

—Déjame firmado un cheque por un par de miles; necesitaré algún dinero. Y ve a preparar un maletín con algo de ropa.

—Sí, Sholto.

Tony había salido y llegó con un mono, que Farrar se puso de inmediato. Janet apareció a los pocos instantes, con el pelo cuidadosamente peinado y vestida también con un mono.

—Parece que el caso está en un punto muerto —comentó—. Ellos no pueden hacer nada contra nosotros, pero seguimos sin saber dónde está la bomba.

—Casi más que la bomba me interesa el lugar donde pueda hallarse el mando de control remoto —dijo Farrar.

—¿Lo crees así?

—Seguramente, el receptor está preparado para funcionar en una determinada frecuencia. Y muy bien escondido, por supuesto.

—Está en Camp Happiness, ya lo sabemos. Lo que sucede es que ignoramos dónde está Camp Happiness.

—Quizá haya un medio de saberlo —apuntó Farrar.

—¿Cuál, Sholto?

Farrar consultó su reloj.

—Hoy es día nueve —respondió—. Nos quedan tres días, pero ya es tarde. Tendremos que empezar a partir de mañana, a primera hora… —Se volvió hacia el hermano de Janet—. Tony, ¿quieres vigilar Monte Dorado?

—Por supuesto.

—Te daré unos prismáticos, con visión de infrarrojos, para que puedas ver durante la noche. Bastará que te sitúes a unos dos kilómetros de la tapia que rodea el parque. Cambia de emplazamiento con cierta frecuencia; puede que tengan detectores.

—De acuerdo.

Tony se marchó minutos más tarde. Un cuarto de hora después, llamaron a la puerta. Farrar se apresuró a abrir.

—Hola, Sholto —dijo Hilda.

Tyne apareció en aquel momento.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó.

—Tu dama de compañía, tío. Hilda, te presento a Philibert S. Tyne. Tío Phil, ella es Hilda Brown.

Tyne silbó.

—Creo que sí me convienen unas vacaciones. —Entregó algo a Farrar—. Aquí tienes el cheque, sobrino.

—Gracias, tío.

Tyne agarró la maleta y echó a andar hacia Hilda. Agarró uno de sus brazos y sonrió.

—La S. de mi nombre significa Sansón. No soy capaz de derribar un templo, pero sí de...

Bajó la voz, de modo que sólo Hilda pudiera oírle. De pronto, sonó una estridente carcajada.

—Estoy segura de ello, Phil —dijo Hilda.

Tyne y la joven desaparecieron por la puerta. Farrar se volvió hacia Janet.

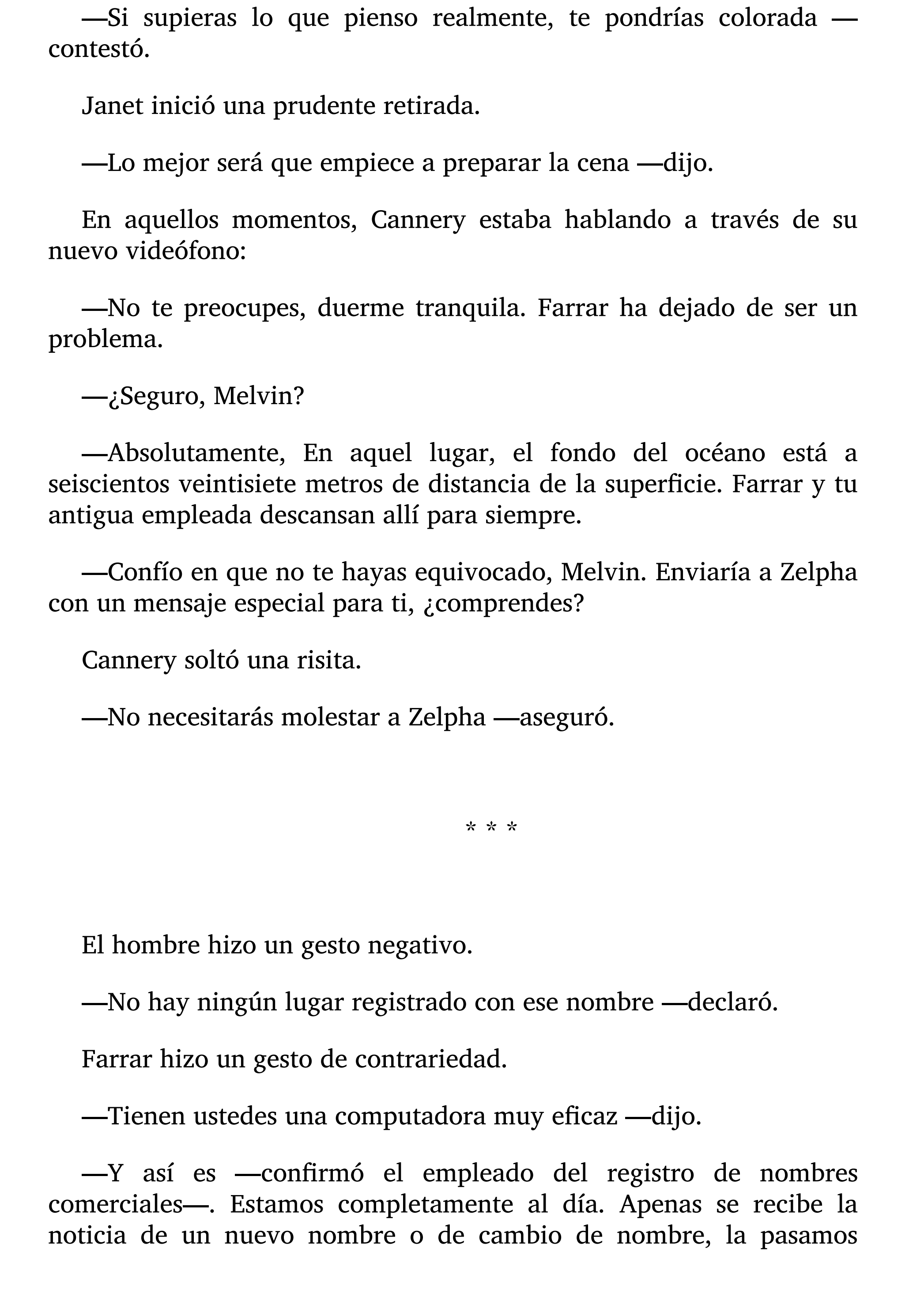
—Bien, por ahora no podemos hacer nada —exclamó—. ¿Por qué no preparas un poco de cena, encanto?

—Sí, ahora mismo, pero estaba pensando...

—Cuidado, sale humo de tu cabeza —bromeó él.

—¿Qué pasará cuando Cannery consulte la Enciclopedia?

—Habrá ido a buscarnos, verá que el aeromóvil se ha hundido y se despreocupará por completo de nosotros, eso es todo —respondió Farrar tranquilamente. Se frotó el estómago—. Tengo hambre.



—¿Sólo sabes pensar en comer? —dijo ella, un tanto disgustada,

Farrar sonrió.

—Si supieras lo que pienso realmente, te pondrías colorada —contestó.

Janet inició una prudente retirada.

—Lo mejor será que empiece a preparar la cena —dijo.

En aquellos momentos, Cannery estaba hablando a través de su nuevo videófono:

—No te preocupes, duerme tranquila. Farrar ha dejado de ser un problema.

—¿Seguro, Melvin?

—Absolutamente, En aquel lugar, el fondo del océano está a seiscientos veintisiete metros de distancia de la superficie. Farrar y tu antigua empleada descansan allí para siempre.

—Confío en que no te hayas equivocado, Melvin. Enviaría a Zelpha con un mensaje especial para ti, ¿comprendes?

Cannery soltó una risita.

—No necesitarás molestar a Zelpha —aseguró.

* * *

El hombre hizo un gesto negativo.

—No hay ningún lugar registrado con ese nombre —declaró.

Farrar hizo un gesto de contrariedad.

—Tienen ustedes una computadora muy eficaz —dijo.

—Y así es —confirmó el empleado del registro de nombres comerciales—. Estamos completamente al día. Apenas se recibe la noticia de un nuevo nombre o de cambio de nombre, la pasamos

inmediatamente a los bancos de memoria. Usted mismo ha podido comprobar la respuesta escrita del ordenador.

Janet dirigió al joven una mirada angustiada.

—Debe de ser un hombre en clave, que no necesita inscripción en el registro oficial —supuso.

Farrar hizo un gesto negativo.

—Cannery es el secretario privado, oficialmente; pero, en la realidad, se encarga de dirigir la oficina legal de Octavia. Si tenía anotado aquel nombre, es porque pensaba realizar alguna acción legal. De haberse tratado de una contraseña privada le bastaría con guardarlo en su mente.

—Escuchen un momento —dijo de pronto el empleado—. Ustedes me están preguntando por el nombre de una compañía llamada Camp Happiness. Bueno, una empresa o local de negocios, que opera bajo ese nombre, pero que no aparece en el registro. Pero quizá está en trámites todavía y la inscripción no ha sido aún legalizada.

Los ojos de Farrar chispearon súbitamente.

— ¡Pues claro! —exclamó, muy excitado—. Eso tiene que ser. Un nombre nuevo… o un cambio del nombre actual por otro… ¿Dónde podemos averiguarlo? -preguntó.

El empleado sonrió.

—Piso superior, puerta D.

—Gracias, amigo.

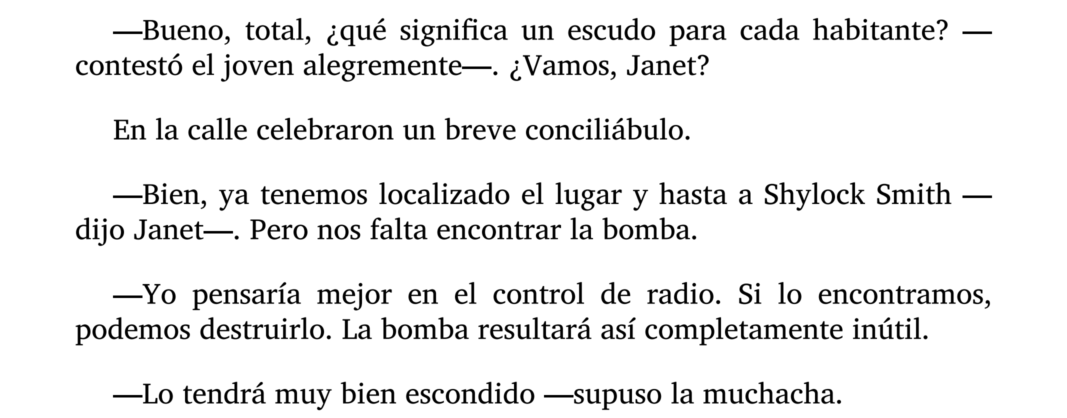
Farrar echó a correr, tirando de la mano de Janet con tal ímpetu, que los pies de la muchacha se separaron un instante del suelo. Minutos más tarde, un amable empleado les daba la respuesta:

—El nombre actual es Monte Dorado. A partir del día doce de este mes, el nuevo nombre de la propiedad será Camp Happiness.

—Campo de la Felicidad —tradujo Farrar.

La cabeza del empleado se movió lúgubremente.

—Si no le dan a Shylock Smith lo que pide, ese día nadie será feliz en el planeta —contestó.



—Bueno, total, ¿qué significa un escudo para cada habitante? —contestó el joven alegremente—. ¿Vamos, Janet?

En la calle celebraron un breve conciliábulo.

—Bien, ya tenemos localizado el lugar y hasta a Shylock Smith —dijo Janet—. Pero nos falta encontrar la bomba.

—Yo pensaría mejor en el control de radio. Si lo encontramos, podemos destruirlo. La bomba resultará así completamente inútil.

—Lo tendrá muy bien escondido —supuso la muchacha.

—Haré que me diga dónde lo tiene y le obligaré a que me lo entregue.

Janet se estremeció.

—Volver allí puede resultar peligroso —advirtió.

—¿No te parece que debo hacerlo, cualesquiera que sean los riesgos que me esperen en Monte Dorado?

Ella asintió.

—Sí, es preciso ir —convino—. ¿Cuándo, Sholto?

—Esperaremos a los informes de Tony —decidió él.

* * *

Tony llegó al día siguiente, víspera del fijado por Shylock para la entrega del dinero.

—Lo siento, pero no he podido averiguar nada —declaró, cansado y ojeroso, por dos días de continua vigilancia.

—Será mejor que duermas unas horas —aconsejó Farrar—. Gradas, Tony; has hecho todo lo posible. Janet, ¿quieres prepararle algo de comida?

—Sí, claro. Ven, Tony.

Farrar quedó en la sala, sumido en profundas meditaciones.

El televisor estaba encendido y emitía imágenes de la operación que se estaba realizando en el astropuerto. Empleados del Tesoro, fuertemente custodiados, estaban cargando el oro y el platino en la nave que, según decía el locutor, era el rescate del planeta.

«Shylock Smith se ha salido con la suya —prosiguió—. Obtendrá doce mil millones, pero, ¿cómo, dónde y cuándo podrá disfrutarlos? Es inevitable que algún día se encuentre un rastro de esa incalculable fortuna que es preciso entregar a ese desaprensivo y entonces... ¡Entonces, Shylock Smith será el hombre más feliz de la Tierra! Literalmente, podrá nadar en oro...»

De repente. Farrar se puso en pie.

—¡Sí, maldita sea! —exclamó—. Tiene que estar allí, no puede haberío puesto en otro sitio.

Inmediatamente, echó a correr hacia la puerta. Janet regresaba en aquel momento y lo único que pudo hacer fue aproximarse a la ventana y contemplar el veloz despegue del aeromóvil.

—¿Adónde irá con tantas prisas? —murmuró,

Durante unos segundos, permaneció indecisa. Luego, de pronto, creyó adivinar la verdad.

Había otro aeromóvil en el patio. Sin vacilar un solo segundo, corrió al aparato y despegó en el acto.

Janet comprendió que Farrar no quería ser seguido y se mantuvo a prudente distancia. No obstante, había conectado el visor delantero y, en la pantalla, mediante el mando de aproximación, podía divisar el otro aeromóvil sin la menor dificultad.

Sus sospechas se hicieron certidumbre media hora más tarde, cuando avistó en lontananza el parque de la residencia de Octavia Van Kroydt. Farrar sobrevolaba ya el recinto, a unos doscientos metros de altura.

De repente, vio brotar del suelo una delgada estela de humo, cuyo trayecto finalizó en las inmediaciones del aeromóvil pilotado por Farrar. Casi en el acto, vio abrirse una flor amarilla, que desapareció instantáneamente tras una nube de humo negruzco.

El aeromóvil de Farrar dio un tremendo bandazo. Luego, volteando alocadamente, empezó a caer.

Janet se sintió aterrada, a pesar de lo cual, supo conservar la serenidad suficiente para dar media vuelta y alejarse de allí. Ahora ya sabía que Octavia había previsto todas las contingencias posibles. Nadie que no tuviera su permiso podía penetrar en su residencia.

* * *

Farrar vio subir el cohete hacia el aparato y se preparó para lo inevitable. Apenas un segundo después, se sintió ensordecido por la explosión.

El aeromóvil empezó a dar volteretas, a la vez que caía a plomo. Farrar estaba sólidamente sujeto por los atalajes de seguridad y soportó bastante bien el impacto, que se produjo en el centro del lago artificial. En el borde, Octavia contempló con una sonrisa en los labios, la explosión de espumas que se produjo en el momento del choque.

El aeromóvil empezó a hundirse a los pocos instantes. Octavia agitó una mano.

—¿Señora? — dijo Zelpha.

Octavia tenía la vista fija en el aeromóvil, del que ya sólo se divisaba el techo.

—Hay ocho o diez metros de profundidad —dijo—. Sumérgete. Si está vivo, mátalo.

—Sí, señora.

La corpulenta amazona se adentró caminando en el lago. Cuando el agua le llegó a la cintura, empezó a nadar con potentes brazadas. Momentos más tarde, se sumergió en el lugar donde estallaban las burbujas procedentes del fondo.

Descendió verticalmente, con hábiles movimientos de sus talones. La luz era suficiente para ver el interior del aeromóvil. Farrar, en su asiento, tenía la cabeza doblada sobre el pecho. Zelpha vio su boca

abierta y sonrió, sin despegar los labios.

Inmediatamente, taloneó para alcanzar la superficie. Una vez estuvo fuera, sacó un brazo y cerró en círculo el índice y el pulgar.

—Listo, señora.

Una expresión de triunfo apareció en el rostro de Octavia.

—Puedes salir, Zelpha.

La corpulenta amazona llegó a la orilla y se pasó las manos por la cara.

—¿Qué hacemos con el aparato, señora? —consultó.

—Déjalo donde está por el momento. ¿Le viste a él?

—Sí, señora. Tenía la cabeza doblada sobre el pecho y la boca abierta.

—Entonces, si no murió en el acto, morirá ahogado. Gracias, Zelpha. Ya nos ocuparemos del aeromóvil en otro momento.

—Como ordene la señora.

Zelpha se alejó. Octavia, satisfecha, se acercó a la mesita de los licores y se sirvió una generosa dosis de whisky.

Levantó el vaso.

—Por Shylock —brindó.

CAPITULO XII

Cannery llego al atardecer.

—Todo está resuelto —informó.

Octavia le miró con cierto enojo.

—Farrar había sobrevivido. ¿Lo sabías?

Cannery enrojeció.

—Cometí un error...

—Ahora está muerto, Melvin.

—¿Cómo sucedió?

—Vino en su aeromóvil. Los detectores captaron su presencia y dispararon automáticamente un cohete. El aparato está en el fondo del lago.

—¿Y él?

—Zelpha lo comprobó. Si no murió en el acto, acabó antes de cinco minutos, ahogado.

Cannery sonrió,

—Respiro aliviado —dijo—, ¿Conoces las últimas noticias?

Octavia se acercó a un televisor, que había ordenado situar en aquel lugar, y presionó la tecla de encendido.

«En estos momentos, señoras y señores, se procede a cargar el dinero en billete exigido por Shylock Smith...», decía el locutor.

Ella sonrió.

—Despegará a las doce y un minuto de la noche —dijo—.

Es decir, ya en el día doce.

—¿Y nosotros?

—Partiremos veinticuatro horas más tarde. Alcanzaremos la nave pasada la órbita de Marte. Entonces, haremos el transbordo del botín a la nuestra.

—Pueden descubrirnos —objetó Cannery.

—No lo creas. Hace ya tiempo que tengo solicitado el plan de vuelo, para inspeccionar nuestras instalaciones de Ganimedes. La nave del gobierno es grande, mucho mayor que la nuestra. Será una buena pantalla, para evitar que nos vean.

—Lo tienes todo pensado —sonrió el hombre.

—Han sido muchos meses de estudio —respondió Octavia—, Nuestra situación se había tornado ya insostenible.

—Esto lo solucionará, ¿no crees?

—Terminaremos de liquidar las empresas. No tengo ganas de seguir trabajando, Melvin. Despediré también a la mayoría de las guardianas.

—En resumen, te vas a dedicar a la buena vida.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Ya es hora —dijo—. Tuvimos mala suerte con el supermetal de la Norton. Eso podría haber resuelto nuestros problemas, Melvin.

—Es preciso admitir el fracaso —dijo él.

Octavia se acercó a una mesa y tomó con ambas manos una caja negra, en la que se divisaban varios botones.

—Y pensar que con esto se puede destruir la Tierra —murmuró.

Cannery sintió frío.

—Déjalo, no lo toques —pidió.

La caja quedó nuevamente sobre la mesa. Octavia sonrió.

—¿Tomamos una copa para celebrarlo? —sugirió.

—Claro, encanto.

Cannery se acercó a la mesa. Entonces, alguien dijo:

—Que sean tres, por favor.

Ella se volvió, rabiosa, y lanzó un estridente grito:

—¡Tú!

Farrar, todavía con las ropas mojadas, se acercó a la mesa y llenó una copa, cuyo contenido miró al trasluz unos segundos.

Cannery tenía la boca abierta. Los ojos de Octavia despedían chispas de cólera.

—¡Ese hombre tiene siete vidas, como los gatos!- —mascullo Cannery.

—No, sólo un poco de suerte —sonrió Farrar—. Por cierto, Melvin,

¿se enteró de quién era Arquímedes?

Cannery lanzó una gruesa interjección. Farrar se echó a reír.

—Las leyes no están reñidas con la física, me parece. Claro que eso no se puede aplicar en su caso —se volvió hacia la mujer—. ¿No me dices nada, Octavia?

Ella aparecía lívida, a la luz de las lámparas que alumbraban aquel sector del parque. Su pecho opulento subía y bajaba con rápidos espasmos.

—¿O prefieres que te llame Shylock Smith?

La voz de Octavia sonó ronca, desafinada:

—¿Cómo diablos has conseguido salvarte?

—Elemental —sonrió Farrar—. El aeromóvil se hundió en una posición normal. Una gran burbuja de aire, insuficiente sin embargo, para mantenerlo en flotación, quedó en la parte superior. Cuando tu amazona bajó, yo simulé estar muerto. Luego, la burbuja de aire me sirvió para respirar.

—He estado vigilando el lago casi constantemente. No pudiste vivir de ese aire horas enteras.

—Claro que no. Cuando vi que se agotaba, salí del aparato y nadé cuidadosamente, hasta las inmediaciones de la catarata artificial. Hay muchas rocas y me escondí al otro lado de una de ellas.

—Y luego al hacerse de noche...

—Salí a tierra firme, aprovechando la oscuridad, contorneé el lago y aquí me tienes —Farrar levantó su copa—. ¡Salud! —añadió irónicamente.

—Sholto, ¿sabes que no puedo dejar que sigas con vida? —dijo ella.

—En tu lugar, yo no haría lo mismo.

—Nadie me podrá reprochar jamás haber dado muerte a un intruso que penetró en mi casa sin permiso.

Farrar sacó algo del bolsillo posterior de sus pantalones y lo arrojó sobre la mesa.

—Mira eso —indicó—. El doctor Tyne también tiene amistades. Hizo que me nombraran investigador especial del gobierno.

Cannery se echó a temblar.

— ¡Estamos perdidos! —gritó.

—Calla, imbécil —le apostrofó ella—. No ha terminado aún la partida; todavía podemos ganarla.

—Está absolutamente perdida —afirmó el joven—. Octavia, todavía tienes tiempo de arreglar las cosas. Tengo plenos poderes para hacerte una proposición, en nombre del gobierno. Dime dónde está la bomba y se te tomará en cuenta. Incluso se podría considerar como una broma pesada, cuyo castigo máximo sería una multa impuesta por un juez. Pero si no lo haces así, corres el riesgo de ir a parar a la cárcel por el resto de tus días.

Octavia sonrió burlonamente.

—Yo… encerrada de por vida… ¿Crees que iba a permitirlo, Sholto?

—Te he hecho una oferta —insistió Farrar—, Y eso vale también para usted, Cannery.

El secretario vaciló.

—Acéptalo, Octavia —exclamó de pronto.

—¡No, nunca! —gritó ella con voz crispada.

Súbitamente, Cannery se apoderó de la caja de control y alargó la mano hacia la joven.

—Farrar, aquí está…

Octavia exhaló un aullido de rabia y se arrojó sobre el hombre. Los dos forcejearon durante unos instantes. De pronto, Cannery lanzó un gemido:

—*Ha disparado la bomba!*

Farrar se quedó helado. Había ido allí para evitar la catástrofe y lo único que había conseguido era provocarla.

Octavia parecía haberse convertido en una estatua. Bruscamente,

Cannery lanzó un atroz juramento.

—Perra... Eres la culpable de todo... Todos vamos a morir... Pero tú serás la primera...

Y antes de que nadie pudiera impedírselo, sacó una pistola lanzadardos.

Octavia chilló espantada, a la vez que daba media vuelta para huir. El dardo fue más rápido y entró por su espalda, para salir por el pecho, entre los senos, con una horrenda explosión de espumas rojas. Cayó al suelo, como si, de repente, le hubieran cortado las piernas.

Cannery parecía atontado. Farrar miró sombríamente a su alrededor.

Rememoró las imágenes de la destrucción de Calixto. ¿Cuánto tardaría la Tierra en convertirse en polvillo cósmico?

Lentamente, se acercó al videófono que había sobre una mesa. El rostro de Tony Fork apareció en la pantalla a los pocos segundos.

—¡Sholto! —exclamó alegremente—. ¿De dónde sales?

—Hola, Tony. ¿Está Janet ahí?

—Sí, ahora mismo se pone...

En la cara de Janet había lágrimas aún.

—Sholto, estás vivo —gimió.

—Sí, Janet, pero quiero decirte una cosa. Tienes que ser valiente.

—¿Qué sucede? ¿Es algo malo?

—Espero que no duela mucho. He fracasado. La bomba ha sido disparada.

Hubo un instante de silencio. Janet inspiró con fuerza.

—No tienes tiempo de venir aquí —dijo al cabo.

—No, pero no quería morir sin verte por última vez. Por favor, no lo digas a nadie; no provoques alarmas que ya no servirían para nada.

—Sí, como digas. Sholto, te quiero.

—Yo también. Creo que nos veremos muy pronto... allá arriba.

* * *

Envuelto en una bata corta, sentado unte una mesa situada en la baranda a poca distancia del mar, el doctor Tyne hacia cálculos frenéticamente en una cuartilla. Terminó de escribir y empezó otra.

En el interior del *chalet,* Hilda dormía apaciblemente. Tyne consultó una vez su reloj de pulsera. Faltaban pocos minutos para las doce.

De repente lanzó un agudo chillido. El lápiz y las cuartillas volaron por los aires.

—Es cierto, es cierto —gritó, a la vez que se ponía a bailar una frenética danza—. Tenía que ser así, no podía suceder de otro modo...

Bostezando aparatosamente, Hilda, cubierta con un peinador muy transparente, apareció en la puerta de la casa.

—Encanto, ¿por qué pierdes el tiempo con los números? —dijo, melosa—. ¿Valgo yo menos que tus cálculos?

Tyne se volvió hacia la joven.

—Tú vales más que todos los tesoros del mundo -contestó—, Oye, ¿qué te parece si nos damos un baño... —le guiñó un ojo—, desnudos?

Hilda se quitó inmediatamente el peinador.

—A ver si me pillas —le desafió, a la vez que echaba a correr.

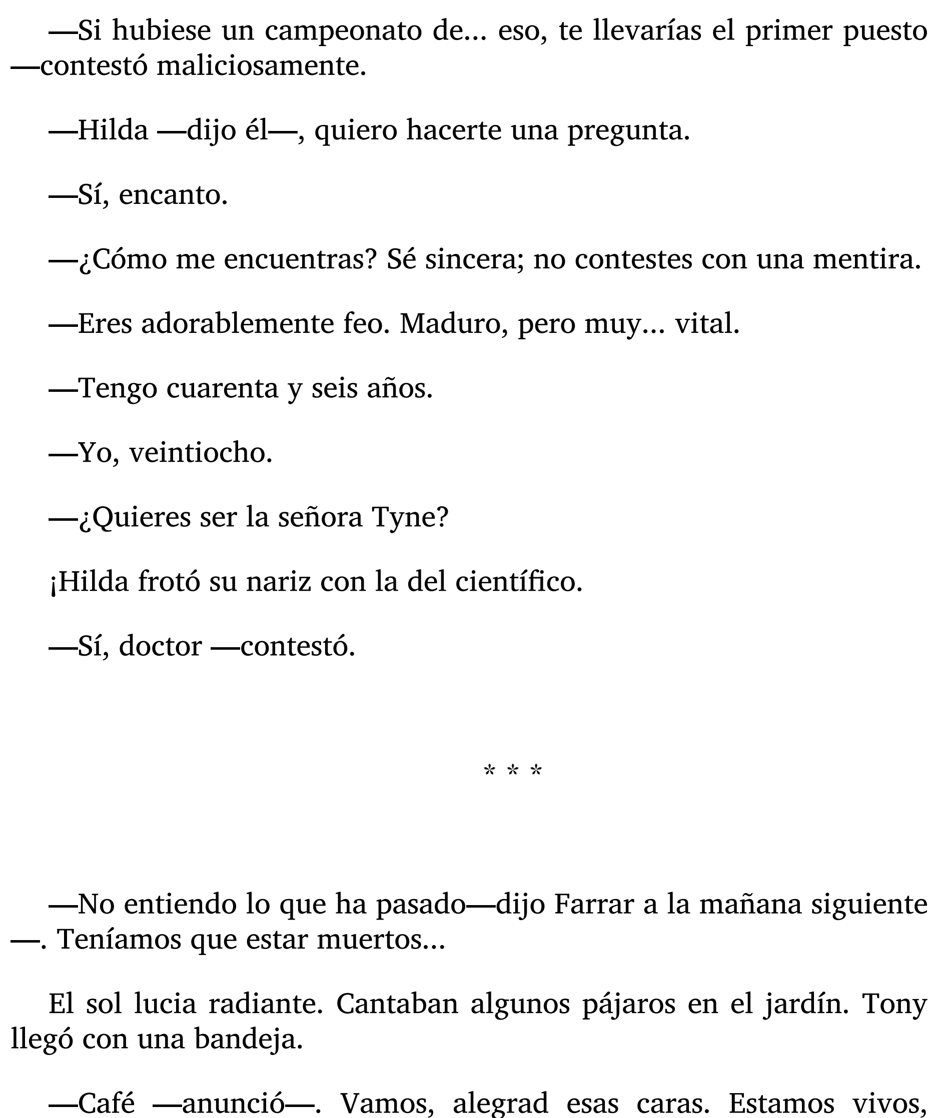
Tyne lanzó la bata a un lado y corrió detrás de la joven. Momentos después, se sumergían en las olas, riendo alegremente.

Luego, Tyne la levantó en brazos con toda facilidad.

—Eres fuerte —dijo ella, admirada.

—Te he dado pruebas, creo.

Hilda superior.



—Si hubiese un campeonato de... eso, te llevarías el primer puesto —contestó maliciosamente.

—Hilda —dijo él—, quiero hacerte una pregunta.

—Sí, encanto.

—¿Cómo me encuentras? Sé sincera; no contestes con una mentira.

—Eres adorablemente feo. Maduro, pero muy... vital.

—Tengo cuarenta y seis años.

—Yo, veintiocho.

—¿Quieres ser la señora Tyne?

¡Hilda frotó su nariz con la del científico.

—Sí, doctor —contestó.

* * *

—No entiendo lo que ha pasado—dijo Farrar a la mañana siguiente—. Teníamos que estar muertos...

El sol lucia radiante. Cantaban algunos pájaros en el jardín. Tony llegó con una bandeja.

—Café —anunció—. Vamos, alegrad esas caras. Estamos vivos, ¿no?

—Pero no tenemos seguridad de que la reacción, no siga produciéndose, aunque con mayor lentitud que la conocida —alegó Farrar.

—Sería cosa de hablar con tu tío, ¿no crees? —propuso Janet—. Tú sabes dónde está y puedes llamarle...

—Estoy aquí —sonó de pronto la voz del aludido.

Farrar se volvió. Tyne y Hilda, con las manos juntas, entraron en la casa, alegres y felices.

—Os presento a la señora Tyne —dijo el científico,

—Hola, chicos —saludó Hilda.

Farrar se sentía atónito.

—Pero, tío…

—Hilda y yo hemos descubierto que somos el uno para el otro —contestó Tyne desenfadadamente—. Hace menos de una hora que nos hemos casado.

—Os desearía felicidades, si no fuese porque vuestro matrimonio va a durar muy poco —dijo el joven sombríamente.

—Pero, Sholto, no pensamos en divorciarnos... —exclamó Tyne.

—No hablaba de divorcio, sino de tu maldita fórmula. Octavia disparó la señal de radio.

Tyne lanzó una alegre carcajada.

—¿Y eso te preocupa? No habrá desintegración, no te preocupes.

Farrar saltó en su asiento.

—Hilda, ¿le ha sentado mal el matrimonio? —preguntó áridamente.

—Yo creo que no —contestó la interpelada.

—La sustancia elaborada con mi fórmula se descompone con gran rapidez —declaró Tyne—. Una vez elaborada, si no se usa antes de dos semanas, se convierte en un polvo absolutamente inerte.

Janet sintió que le flaqueaban las piernas y tuvo que sentarse.

—Otra equivocación —gruñó Farrar.

Tony lanzó un estridente alarido de júbilo. Farrar se pasó una mano por la cara.

—Tío —dijo.

—¿Sobrino?

—Me dan ganas de arrearte un puntapié...

—Si eso te va a tranquilizar, adelante —sonrió Tyne.

—Pero en lugar de eso, voy a pedirte un empleo. Janet y yo nos casaremos muy pronto. ¿No es verdad, Janet?

La muchacha sonrió.

—Sí, Sholto.

—Dijiste que necesitabas un mozo de limpieza para tu laboratorio. Así podré vigilarte y evitar que cometas más equivocaciones.

—Cuidarás de mis asuntos legales —contestó Tyne firmemente—. No hay error alguno en la fórmula del supermetal y quiero que vigiles de cerca a los directivos de la Norton.

Farrar se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué te parece, Janet?

—¡Magnífico! —contestó ella sin vacilar.

Luego, Farrar se encaró con el doctor Tyne.

—Explícanos una cosa, tío —pidió—. Cuando encontraste esa fórmula, capaz de disolver un planeta, tú buscabas algo muy diferente. ¿Qué era?

Tyne bajó la cabeza y empezó a rascar el suelo con la puntera del zapato derecho.

—Un detergente instantáneo para el lavado de la ropa —contestó, avergonzado.

Farrar meneó la cabeza.

—Tipo chiflado —gruñó—. Janet, vamos a casarnos ahora mismo.

—Esperad, muchachos; quiero asistir a vuestra boda —pidió Tyne.

—Ni hablar —contradijo Farrar con firmeza—. Serías capaz de hacer que el juez se equivocase y nos divorciara, antes de habernos casado. En este asunto, por lo menos, no pienso permitir el menor error. ¿De acuerdo, Janet?

—De acuerdo —contestó la muchacha.

FIN